



Mary ANN Taylor

BRUJA

No pretendas que las cosas ocurran como tu quieres. Desea, más bien, que se produzcan tal como se producen, y serás feliz.

Epicleteo de Frigia.

CAPÍTULO 1

La noche lucía una luna estática, redonda y llena de brillos. Sin duda era la noche apropiada para algo así, hubiera incluso podido disfrutar de tanta belleza si no fuera por la situación en la que se encontraba que la hacía preguntarse continuamente si no se habría equivocado.

—¿Por qué quieres ser bruja?

—Me quiero vengar de mi novio.

La mujer la miró de arriba abajo con una sonrisa sardónica en su cara. Pat sintió un escalofrío al ver como los muslos enormes de la señora se movían mientras la llevaba de la mano hasta la orilla del mar.

—¿Dónde están tus ofrendas?

La chica recogió de la arena la cesta de mimbre donde había dispuesto sus presentes. La mujer le arrebató la cesta con brusquedad. Miró dentro y levantó las cejas menospreciando el precioso conjunto de manzanas rojas coronada por flores.

—Desnúdate —ordenó.

—¿Cómo?

—¡Que te desnudes! No puedes ser una bruja si eres una remilgada.

Pat se despojó del vestido y advirtió como la mujer echaba una mirada tasativa a su cuerpo.

—No parece que tengas tan buenas curvas cuando vas vestida. Una bruja debe resaltar su feminidad.

—Quiero ser bruja para vengarme de mi novio.

—¿Crees que estoy sorda? Ya te he escuchado antes. Métete en el agua con tu cesta y ofrécela a la diosa Medusa. Ella decidirá si puedes ser bruja o no.

Pat entró en el agua y deslizó su cesta sobre las ondas.

—Ahora ya puedes marcharte y esperar acontecimientos —le dijo la mujer cuando regresó aterida a la orilla.

—¿Qué acontecimientos? —preguntó tímidamente mientras volvía a ponerse su vestido.

—Los sabrás cuando suceda.

Regresó a casa bordeando la playa y se metió en su cama pensando que nunca había perdido el tiempo de una forma tan estúpida.

CAPÍTULO 2

El despertador sonó a las siete de la mañana. Pat estiró el brazo y retrasó la alarma media hora más. Siempre se prometía a sí misma que se levantaría con el tiempo suficiente para darse una ducha, arreglarse el cabello y maquillarse pero cada día terminaba tomando un café con leche rápido y saliendo al instituto disparada. Una vez allí la realidad se imponía. La mayoría de las chicas tenían esa fuerza de voluntad para llegar al instituto como princesas mientras que ella llegaba con su cola de cabello en el pelo y unos vaqueros con el primer polo que había encontrado.

A las siete y media volvió a sonar el despertador. Se levantó con un esfuerzo supremo y tras echarse algo de agua en la cara bajó a tomar el consabido café con leche. Quemando como siempre. El maldito microondas hacía mucho tiempo que había pasado a mejor vida y en su casa no había dinero suficiente para comprar otro, o mejor dicho, había dinero para las salidas y entradas de su padre pero no para las cosas que se necesitaban en casa.

—¿Qué vas a hacer hoy para comer? —Escuchó preguntar a su padre.

—Hoy no como en casa.

En realidad no tenía ni idea de adónde iría pero prefería meterse en algún bar y tomar un bocadillo rápido y luego irse a la biblioteca donde se sumergiría en alguna historia de amor deliciosa hasta las cinco de la tarde que era cuando su padre empezaba a trabajar.

Cuando el padre de Pat entró en la cocina ella percibió el olor a whisky.

—Nena, estás espectacular.

Ni por un momento pensó que lo decía en serio.

—Me voy. Llego tarde.

Se montó en su bicicleta e hizo los cinco kilómetros que la separaban de su centro de enseñanza media. Advirtió la mirada de todos clavada en ella cuando aparcó su bici y la ató al árbol. Decidió pasar por alto la sensación que inexplicablemente no era desagradable.

Entró en su clase y otra vez lo mismo. Ben no estaba por ningún sitio.

¡Oh, por favor, que no se haya resfriado otra vez y venga a clase!

Ben era su único amigo. Un chico raro que tenía una mente prodigiosa, marginado por todos menos por ella, que no era exactamente una marginada pero tampoco era precisamente la chica más popular. El problema es que Ben cogía un catarro detrás de otro y faltaba a menudo, así que los días que él no iba ella se sentía muy sola.

Notó varias miradas más antes de que el profesor empezara a explicar la lección. Trató de concentrarse como hacía siempre y no pensar en nada más. Lo bueno de aquello era que como prestaba tanta atención apenas tenía que estudiar en casa.

El tiempo pasó muy lentamente y durante cada uno de los dos recreos salió del instituto para pasear por el bosque que lo rodeaba. Por lo menos no estaba tropezando como era habitual con las raíces. De hecho, la primavera parecía haberse adelantado puesto que todas las ramas estaban en flor a pesar de que corría el mes de diciembre.

A lo lejos escuchó unas risas. Eran de un chico y una chica.

Mierda, ahora tendré que irme porque hay ahí dos tortolitos.

Dio la vuelta para regresar sobre sus pasos cuando escuchó:

—Pat —se giró y hacia ella corría su novio, mejor dicho, el que había sido su novio antes de que una de esas chicas que sí se levantaban a las siete de la mañana para maquillarse y arreglarse el cabello, se lo robara. —Espera —Oliver se colocó a su lado. A lo lejos Brenda Walter caminaba también hacia ellos mirando desdeñosamente a Pat.

—Pat, no quiero que sufras, no quiero que lo pases mal, hay un montón de chicos y todos ellos mejor que yo.

—Eso no lo dudo —respondió con sequedad.

—No te lo tomes así —dijo poniéndole la mano en el brazo en una actitud de condescendencia que hizo irritar a Pat.

—No me pongas una mano encima —dijo al tiempo que se zafaba del brazo.

—Pat ...¿ qué ... qué le ocurre a tus ojos?

Brenda Walter se puso al lado de ellos y la miró con los ojos entornados.

—Si te parece los tengo así de llorar por ti.

Observó el rostro desencajado de Oliver. A su lado Brenda iba palideciendo.

—¿Y qué le pasa a esta anormal que te echaste por novia? ¿Nunca has visto la cara de alguien sin maquillar o hace tanto tiempo que no ves la tuya que crees estar viendo un fantasma?

—Oliver, vámonos, por favor —susurró Brenda con algo que a Pat le pareció muy similar al miedo —no hables con ella, vayámonos.

—Pat, tienes los ojos ... —empezó a decir él.

—Oli, vámonos antes de que nos haga algo.

Brenda tiraba del brazo del ex novio de Pat sin conseguir que él se retirara. La chica dio un resoplido que a los oídos de Pat sonó como un vendaval.

—¿Te pasa algo, Brenda, querida? —Pat estaba empezando a disfrutar de la sensación de triunfo al humillarla. -¿Quieres que te eche una maldición o una bendición? Puedo hacer las dos cosas, sabes, soy bruja.

Dijo aquellas palabras sin pensar demasiado pero fueron suficientes para aterrorizar a Brenda y hacerla salir corriendo. Oliver permanecía clavado en el suelo mirándola inexpresivo.

—¡Oh, eres un estúpido, Oliver! No vuelvas a dirigirte a mí.

Se dio la vuelta y regresó a clase donde dio tres asignaturas más. En ningún momento se le ocurrió ir al aseo a retocar el maquillaje, sencillamente porque este era inexistente. Tampoco notó que a las siguientes clases no acudieron ni Brenda Walter ni su ex novio.

CAPÍTULO 3

La noche había caído cuando recibió la llamada de Ben.

—Ha ocurrido algo en el pueblo, junto al instituto.

—¿Cómo te encuentras, Ben? ¿Ya estás recuperado del catarro? Por favor no faltes más a clase, hoy me sentí muy sola.

—Pat, han encontrado a Oliver, tu ex novio en el bosque temblando de miedo y diciendo incoherencias. ¿Ha ocurrido algo esta mañana con él?

—¿Cómo?

Pat no pudo evitar recordar el incidente.

—No regresó a casa al mediodía, su madre se preocupó y buscó por los alrededores porque Brenda le dijo que la última vez que estuvieron juntos fue en la hora del recreo y habían paseado por el bosque. Lo encontró allí temblando y diciendo que habían visto a un demonio.

Pat tragó saliva.

“Pat ¿qué le pasa a tus ojos?”

—¿A un demonio? —preguntó recordando su noche anterior mientras deslizaba su cesta de ofenda en el mar.

—Eso decían. Brenda corroboró la historia.

Pat tragó saliva.

—¿Ben puedo ir a tu casa? Podemos salir y tomar algo. Necesito contarte algo.

Poco después Pat y Ben estaban en el local de moda en el pueblo. Las patrullas de policía pasaban constantemente en dirección al bosque. En un pueblo tan pequeño era inevitable que algo así pasara desapercibido.

—Necesito que me acompañes a un lugar, Ben.

El muchacho la miraba una y otra vez.

—Hay algo en ti diferente, Pat, estás hermosa.

—Hombre, pues muchas gracias.

—Es algo nuevo, tienes la misma cara, el mismo pelo y el mismo cuerpo, pero estás espectacular.

—Vamos a salir ahora mismo de aquí. Vayamos a la playa. Allí te contaré lo que ocurrió anoche.

Ben escuchaba con los ojos abiertos de par en par. La brisa del mar movía su cabello claro haciendo ondas sobre su frente y en algún momento por la mente de Pat pasó la idea de que podría ser muy guapo si se lo propusiera.

—¿Me estás contando toda la verdad?

—Te lo juro, Ben, es todo cierto.

—Pero estás jodidamente loca, Pat, ¿cómo se te ocurre jugar con esas cosas?

—Es que no era un juego —respondió ella —yo lo hice en serio. Quería vengarme de Oliver y de Brenda y parece ser que lo conseguí.

Ben puso sus dedos índices sobre las sienes de su cabeza y los movió en sentido circular. Pat lo observó. ¿La creería o pensaría que era una loca que inventaba todo?

—Ben, por favor, créeme.

—Te creo —le contestó el muchacho dejando de rozar sus sienes con los dedos. —Es decir, creo que fueras a hacerte el rito este de las brujas de lo que no estoy tan seguro es de que funcionara.

—Ben, no había nadie más en el bosque, solo yo y recuerdo perfectamente la frase de Oliver. Me preguntó que le pasaba a mis ojos y los dos parecían horrorizados.

—¿Y qué supones que pasó? ¿Crees que se te inyectaron los ojos de sangre o algo así? —preguntó Ben con escepticismo.

—No lo sé pero algo ocurrió.

Pat advirtió la incredulidad de su amigo y dio un manotazo sobre la arena.

—No sé para que te cuento nada si igual no me vas a creer. Yo me metí en esto y yo saldré de ello.

Pat no pudo advertirlo porque se puso en pie y comenzó a caminar hacia el agua, pero Ben se quedó fascinado al contemplar como la arena que ella había movido con su mano formaba una pequeña espiral que revoloteó juguetona alrededor de los ojos de Ben. El chico se levantó asustado y la siguió.

—¿Qué se supone que vas a hacer?

—Voy a meterme en el agua y buscar a Medusa para pedirle que me vuelva

de nuevo normal.

Todo aquello no era posible. Su amiga Pat se había vuelto loca. Aún así la siguió asustado. Pat iba entrando en el agua y en cada choque de marea las ondas llenas de espuma se levantaban haciendo burbujas que se elevaban hacia el aire. El corazón de Ben empezó a latir con fuerza.

—Está bien, te creo.

Pat se detuvo de golpe. Se giró para mirar a su amigo y él pudo ver como su cabello era más grueso y brillante como si el contacto con el agua lo pudiera embellecer.

—Sal de agua, Pat, te lo ruego, creo que corres peligro si te metes ahí dentro.

—¿Me ayudarás?

—¿A dejar de ser bruja?

—Por lo menos a dejar de hacer daño a los demás por serlo.

Ben sonrió y alargó su mano. Pat fue a su lado y ambos salieron juntos del agua. Ahora se sentía segura. Solo tenía que regresar a casa a y olvidarse de todo. Un pie delante de otro y todo parecía normal excepto por los grandes remolinos de arena que se formaban en cada zancada.

—No te preocupes, Pat —dijo Ben —es algo totalmente natural. —No estaba convencido de lo que estaba diciendo pero algo tenía que hacer para convencer a su amiga de que no se detuviera y siguiera caminando para salir de allí.

—¿Estás seguro de que esto es normal?

Ben prefirió no contestar. Estaban a punto de pisar la madera del muelle cuando escucharon detrás de ellos:

—¿Dónde se supone que vas, pequeña bruja?

CAPÍTULO 4

La mujer que tenían enfrente era la misma que había ayudado a Pat a iniciarse en el rito para ser bruja. La muchacha recordó sus maneras bruscas y autoritarias.

—No quiero ser bruja.

Trató de imprimir algo de vehemencia en sus palabras para convencerse a sí misma o, quizás, para convencer a aquella mujer. Ben y Pat pudieron observar como su rostro se torció en un gesto oscuro dejando ver una boca mellada y con aspecto sucio.

—Vamos a ver, pequeña, las cosas no funcionan así, no se puede ser bruja hoy y mañana no. Cuando alguien es bruja, lo es para siempre.

—Pedí ser bruja para vengarme de mi novio.

—Tu ex novio —la corrigió Ben.

—Ahora ya me he vengado y no deseo atemorizar a nadie más.

Su carcajada retumbó contra las rocas que formaban la silueta del malecón devolviendo los ecos de un sonido que a Pat le chirrió en los oídos hasta lastimarla.

—¿De verdad te crees que se te concedió tu deseo de ser bruja para que pudieras vengarte de tu novio? Que pobre e ilusa joven.

—¿Qué quiere decir? Yo pedí eso, quería ser bruja para eso, solo deseaba darles un pequeño susto a mi ex y su novia.

—Puede que fuera eso lo que te trajera hasta aquí pero no fue eso lo que Medusa vio en ti para contar contigo.

Tanto Pat como Ben, aferrando su mano en señal de protección, contuvieron el aliento mientras la mujer se acercaba. Su aspecto a pocos centímetros no era más tranquilizador. Pat observó como Ben bufaba al sentir el olor fétido de la mujer.

—A menudo —continuó la mujer —tiene que ocurrir un acontecimiento semejante para que la auténtica naturaleza de alguien se revele. No es un hecho casual que tu novio te dejara por una chica que tu consideras más hermosa, no

es una casualidad que tu nunca encuentres tiempo para arreglarte, que vayas vestida de cualquier manera y que tu único amigo —dijo mirando con un gesto de desprecio a Ben —sea un bicho raro, frágil y débil. Todos esos elementos eran necesarios para que llegaras hasta aquí.

Ben dio un paso adelante.

—Señora, deje de molestarnos. Nos vamos a ir de aquí ahora mismo y usted no volverá a pisar esta playa. Mi padre es el intendente del pueblo. Si la vuelvo a ver por aquí le aseguro que pasará unos días a la sombra.

—No sabes el terror que me haces sentir —respondió la mujer irónica dejando caer otra carcajada cuyo olor golpeó a Pat en las fosas nasales haciéndola fruncir la nariz en una muestra de repugnancia.

—Mire —se atrevió a decir Pat —solo estaba tonteando. No me tomo estas cosas en serio. Lo siento si contaban conmigo para algo pero hasta aquí ha llegado mi aventura con la brujería.

La joven sintió como Ben apretaba su mano y presionaba ligeramente para infundirle valor a la vez que apresuraba el paso dándole la espalda a la mujer.

—Está bien, márchate ahora, te aseguro que los acontecimientos se irán sucediendo hasta que tú misma vuelvas aquí a buscar a Medusa. Buena suerte hasta entonces, muchacha.

No supieron cómo pero ambos sintieron como sus pies terminaron dando grandes zancadas hasta convertirse en una loca carrera hasta casa de Pat.

No se sintieron a salvo hasta que cerraron la puerta con llave.

CAPÍTULO 5

Los días se fueron sucediendo hasta convertirse en una semana. Después de todo ya había pasado la tormenta. Pat salió de casa después de disfrutar de su café humeando hasta evaporarse. Seguía con aquella costumbre de atrasar el reloj media hora pero ya no se lamentaba de que el resto de las chicas sí tuvieran la fuerza de voluntad de levantarse más temprano para ir bonitas al instituto. No le hacía falta. Desde aquel encuentro en la playa con el esoterismo, palabra que Ben solía decir con frecuencia para referirse a lo que habían vivido, su aspecto era inmejorable.

Había habido cambios. No podía negarlo. Nunca había sido una marginada pero siempre se había mantenido en aquella delgada línea que la convertía en un ser invisible sin llegar a la auténtica marginación. Estaban en un pueblo y las apariencias contaban mucho. Su padre trabajaba para el padre de Ben en la intendencia, más por compasión que por eficiencia, y todo el mundo sabía que era alcohólico. De manera que ella era la hija del borracho de la comisaría. No podía evitar que esa leyenda cayera sobre ella pero al menos eso no la había convertido en blanco de burlas.

Sin embargo en los últimos días había notado gestos de simpatía hacia ella que antes jamás había observado. De repente una de las amigas de Brenda Walter le ofrecía un lugar en su mesa. Otro día uno de los chicos más guapos del instituto le dirigía una sonrisa ante la vista de todo el mundo. No iba a engañar a nadie negando que aquellos cambios resultaban agradables. No le gustaba, no obstante, el temor que veía en los ojos de Oliver a lo lejos cuando la pillaba observándola. Ni la palidez en el cutis de Brenda cuando se cruzaban y la joven bajaba la mirada acelerando el paso.

Suponía que el susto que les tenía que haber dado era terrible.

Había observado varias veces sus ojos en el espejo intentando averiguar que fue aquello que tanto asustó a Brenda y Oliver, pero nunca había observado nada raro.

Cada día Ben pasaba a recogerla para ir a clases. Su bicicleta esperaba la

llegada de la primavera para ser usada de nuevo. De todas formas era cierto que desde el episodio Ben se había mostrado muy protector y no la había querido dejar a solas ni un momento.

El aspecto de Ben también había cambiado sustancialmente en tan solo una semana. Ya no tenía aspecto de bicho raro. Su pelo rubio y rebelde parecía haberse acomodado justo encima de sus ojos dejando ver con claridad la profundidad de sus ojos verdes. Y su porte natural, hasta entonces desgarrado, había cogido una especie de compostura que lo hacía parecer más alto y fuerte.

Sin duda había cambios, pero ninguno de ellos parecía perjudicarles por el momento.

Ben abrió la portezuela de la furgoneta para dejarla entrar.

—Adelante, princesa —le dijo mientras dibujaba una sonrisa en su rostro cada vez más apuesto.

—¡Cuánto honor! —respondió ella haciendo una reverencia.

El olor a café inundaba el poco espacio dentro del interior del vehículo. Ben tenía la costumbre de llevar dos cafés calientes en la bandeja del salpicadero para tomarlos en la puerta del instituto mientras esperaban a que se abrieran sus puertas y la marabunta de alumnos entrara.

Pat casi siempre solía darle unos sorbos a la taza antes de llegar. Gesto que Ben aprobaba con una risita.

Pero aquel día fue distinto. Era la misma sonrisa, el mismo olor a café, las maneras suaves de Ben y su pelo rubio moviéndose al compás de sus movimientos pero había un elemento nuevo; un libro sobre el mito de la diosa Medusa.

Pat se sintió poderosamente atraída hacia él pero contuvo con un esfuerzo de voluntad las ganas que tenía de abrir el libro y empezar a leerlo.

En su lugar dijo señalando el libro:

—¿Ahora te ha dado por la mitología, amigo?

La inconfundible sonrisa acudió a los labios de Ben.

—Creo que sería bueno leer sobre ello para tratar de entender lo que nos pasó.

Pat advirtió como él se había incluido en el asunto. Le gustaba que se

sintiera parte de aquello, la hacía sentir menos sola. Siempre había sido así.

—A mí me gustaría olvidarlo, Ben, después de todo no ocurrió nada más.

—Pero no sabemos qué fue lo que vieron Oliver y Brenda en el bosque.

El camino que cerraba en en la puerta del instituto serpenteaba alrededor del coche dejando ver las primeras briznas de un invierno que se adivinaba sería frío.

—Pronto caerán las primeras nieves —dijo Pat mientras alargaba su mano para coger el café.

Sus dedos se movieron nerviosos sobre la tapadera de plástico blanco intentando abrirlo.

—Buena técnica de evasión, princesa —dijo él tomando el café de sus manos y retirando la tapa para volvérselo a ofrecer. —Creo que es el momento de decirte que sí ha pasado algo más.

El cuello se Pat giró con celeridad hasta que sus ojos alarmados quedaron muy cerca de los de Ben.

—Dime que nada grave —dijo ella en un susurro.

Ben no pudo dejar de notar lo cerca que ella estaba de él. Contuvo como siempre había hecho la atracción que sentía y dijo:

—Nada grave.

Ella suspiró.

—¿Y bien, qué es lo que ha pasado?

—La mujer horrible que nos abordó en la playa... --esperó unos segundos a que ella asintiera con la cabeza —... lleva toda esta semana merodeando por mi calle por las noches.

Pat se estremeció al escucharlo. ¿Y si había también espiado su casa, merodeado por su zona? Ella pasaba sola las noches de dos semanas al mes. El padre de Ben solía poner al suyo en aquel turno porque por lo general aquel pueblo era tranquilo y si bebía unas copas de más nadie podía notarlo.

—Ese es el motivo por el que te he estado recogiendo toda la semana. Y también es la razón por la que no te dejaré sola en tu casa esta semana entrante que tu padre trabajará de noche.

Pat permaneció en silencio durante unos segundos. ¿Dónde había quedado aquel amigo tímido e inseguro que se escondía detrás de los libros? No

quedaba ni rastro de él. Ahora parecía un hombre protector y fuerte. ¿Era posible que aquello fuera fruto del encuentro con la bruja?

—¿Por qué no me lo habías dicho antes, Ben?

Ben sintió como su nombre en los labios de ella cosquilleó los suyos. Siempre solía decirle “amigo”.

—No quería asustarte. Seguramente será una pobre mujer que no está muy bien de la cabeza pero se me ocurrió que no estaría mal que supiéramos algo de todo esto.

Pat notó como inspiraba con profundidad antes de ofrecerle el libro.

—Échale un ojo. Leer no puede hacernos daño, ¿verdad?

Pat tomó el libro con un cierto respeto y lo echó a su mochila. Poco después ya estaba en clase pero aquella mañana no fue capaz de concentrarse en nada.

CAPÍTULO 6

La noche cayó oscura y Pat se sintió inquieta desde el mismo momento en que su padre dejó la casa. Tenía la sensación de que estaba siendo vigilada. Miró todos los rincones de cada pieza. Hizo lo que tantos años atrás había hecho siendo una niña temerosa cuya madre había abandonado dejándola con un padre alcohólico; mirar por debajo de las camas.

Nada, tenía que rendirse a la evidencia; estaba completamente sola y, sin embargo, no conseguía despojarse de aquella sensación incómoda que le subía como un nudo a la garganta. Intentó evadirse mientras cenaba una pizza casera mirando un rato la tele, pero cuando se sirvió el café ya o pudo demorar más la certeza... ¿era ese libro que tenía en su mochila lo que le hacía sentirse mal!

No podía comprender el motivo pero había estado inquieta desde que Ben le había pedido que lo leyera acompañando su pedido con aquella frase... *leer no nos va a hacer daño, ¿verdad?*

Que ella supiera leer nunca había herido a nadie... o sí... depende de lo que se leyera. Leer un relato de terror antes de dormir no parece un buen hábito.

Una llamada interrumpió el hilo de sus pensamientos.

Una voz familiar sonó al otro lado de la línea:

—Hola princesa ¿miraste el libro que te dejé?

Un escalofrío recorrió su columna vertebral y la hizo estremecerse antes de decir:

—Ben, me da miedo leerlo.

Al otro lado se hizo un silencio.

—Pat, es solo una lectura sobre el mito de Medusa. Esa mujer horrible dijo que la que te convirtió en bruja fue la diosa Medusa. Pensé que era una buena idea que supiéramos de que va la cosa.

—¿Pero por qué tenemos que hacer esto, Ben? Todo ha pasado. No ha ocurrido nada más salvo que una vieja loca se ha paseado por tu calle. Yo quiero olvidarme de todo esto.

Un nuevo silencio hizo estremecer de nuevo a Pat. Conocía bien a Ben. Sus

silencios eran siempre prudentes. Una prudencia que pretendía amortiguar el golpe de algo revelador.

Pat contuvo la respiración mientras escuchaba el latir de su corazón.

Por favor... por favor... que no haya ocurrido nada más.

—Me temo que deberíamos estar preparados.

—¿Preparados para qué?

—Pat, asómate a la ventana y mira la luna.

Ella sintió como el estómago se le encogía pero se acercó a la vidriera del salón con el teléfono temblando entre las manos. Alzó la mirada y vio aquella luna redonda, enorme, baja y ... ¡roja!

El corazón empezó a bombear con rapidez ... tanta que tuvo que sentarse de nuevo en el sofá. Era muy consciente de que aquel libro seguía aún en su bolsa del instituto.

—¿Sigues ahí, Pat?

—Sigo aquí —respondió ella con la voz temblorosa.

—Bien, escúchame antes de que te desmayes o te asustes más de lo necesario. Era posible que durante estos días hubiera una luna de sangre según los meteorólogos, es decir, puede ser solo una casualidad, aún así no quiero dejarte sola. Sé que tu padre empezó el turno de noche. He pensado en ir a pasar la noche contigo.

Ella trató de digerir todo aquello. Era una casualidad, seguro que era una casualidad y ella se estaba asustando como una niña tonta. En realidad estaban sucediendo demasiadas casualidades pero la vida es así, y sobre todo, la sugestión es así, te hace ver cosas donde no hay.

Aún así no pudo evitar decir:

—Sí, Ben, quiero que vengas conmigo.

CAPÍTULO 7

Ben había procurado darle al dormitorio de Pat toda la iluminación posible para que no estuviera asustada. Era importante que Pat leyera aquel libro. Era importante que supieran a qué se estaban enfrentando.

Aquella mujer horrible tenía razón. Todos los acontecimientos, incluso aquellos que parecen rutinarios o cotidianos forman parte de un algo, de un todo, de un conjunto. La vida se encarga de crear las circunstancias para llevarnos adónde nos tenga que llevar.

Él sabía que era así, que eso era lo que estaba sucediendo.

El café se evaporaba encima del escritorio de Pat. Allí estaban sus apuntes de matemáticas, filosofía, historia... materias que a ella nunca le habían costado ningún trabajo puesto que era muy inteligente y apenas con escuchar la explicación dada en clase, a la que estaba completamente atenta, le bastaba para aprobar con buenas notas.

Todos aquellos apuntes se dispersaban ahora sobre la mesa mezclándose unos con otros sin orden ni concierto, dando muestras del caos interior que ella vivía en ese momento. Ben estaba seguro de que ella de alguna manera presentía algo como lo presentía o sabía él, pero el miedo la estaba paralizando.

Era una reacción habitual; se solía hacer como si el problema no existiera y, en ocasiones, incluso funcionaba, pero en la siguiente crisis el problema volvía a salir, y a menudo con más fuerza que la vez anterior.

Eso estaba ocurriendo ahora.

Tanto él como ella habían pasado desapercibidos siempre, pero era una invisibilidad que no les había molestado, por el contrario, les había agradado. Él sabía porqué. Ella no.

Estaba completamente seguro de que ella había notado su cambio de aspecto. Sabía que se había fijado en como el muchacho con el cabello rubio revuelto y las gafas de miopía se había convertido en cuestión de una semana en alguien apuesto, alto, corpulento.

A Ben le había costado mucho tiempo disimular todo aquello. Crear aquel personaje de chico tímido e inseguro siempre atento a su chica y conformándose con una amistad. El mundo estaba llenos de Ben y de Pat, escondidos, agazapados tras su miedo, sin ser ellos mismos, a veces por ignorancia, como Pat, a veces por prudencia como Ben.

La diferencia entre ellos es que él siempre había sabido quién era y porque tenía que hacer todo aquello. En cambio, Pat, había permanecido en la seguridad de la ignorancia. Así era como debía de ser ya que la información solo se convierte en poder cuando se está preparado para asimilarla.

Ben observó como los labios de Pat se posaron sobre la taza para dar un trago a su café. Envidió la fría porcelana que tenía la dulzura del calor de sus labios. Si había sido difícil hacerse pasar por alguien que no era, más difícil había sido disimular los sentimientos que sentía hacía ella.

—Es el momento de abrir el libro.

Pat lo miró con ojos temerosos.

—Hazlo tú —le pidió ella.

—Yo ya lo hice en su momento, Pat, es importante que leas la primera nota. Creo que está escrita para ti —dijo alargando su mano y ofreciéndole el libro. —Vamos, yo estoy contigo y te prometo que no pasará nada malo.

Pat alargó las manos a pesar del temblor que las delataba.

Respiró llenando su pecho de aire y conteniéndolo durante unos segundos y abrió el libro.

Al principio sus ojos solo veían un montón de letras juntas como si sus ojos se negaran a ver el mensaje en la solapa de la portada. Volvió a mirar a Ben. Este la observaba con una especie de seguridad en sí mismo a la que ella todavía no se había terminado de acostumbrar. Volvió a reunir el valor y fijó la vista de nuevo en aquella frase:

No podemos huir de nosotros mismos, si no creamos las circunstancias para ser quien somos, las circunstancias nos encontrarán, pero antes o después cada uno cumple su destino. No se puede correr, el destino nos alcanza.

CAPÍTULO 8

Había cerrado el libro de golpe como si aquel mensaje la hubiera quemado.

—¿Estás bien?

Ella sintió la seguridad de su voz. ¿Por qué él no parecía preocupado?

—¿Por qué dices que este mensaje está dirigido a mí?

—Los mensajes de un libro están dirigidos a quienes los leen.

—¿Me estás diciendo que crees en todo esto? Ben, yo lo único que quería era darle un escarmiento a mi ex por haberme dejado por una niña mona. Nada más que eso. No pretendía que tuviera una crisis de ansiedad. Tampoco que Brenda Walter me mire aterrorizada cada vez que nos cruzamos.

Dejó pasar unos segundos para darle tiempo a Ben a contestar algo. Sin embargo, él permaneció en silencio.

Ella se animó a volver a intentarlo. Había algo que presentía. No estaba segura, era solo una intuición, pero de alguna manera su corazón le decía que Ben sabía más de todo aquello que lo que estaba contando.

Se acercó a él, le cogió la mano.

—Siempre hemos sido amigos... desde que éramos unos niños te recuerdo a mi lado, cuidándome, protegiéndome, haciendo que no me sintiera tan sola. Jamás nos mentimos, jamás nos fallamos el uno al otro... por favor, Ben, si hay algo que deba saber, dímelo.

Ben arqueó lentamente sus labios en una sonrisa.

—Quizá te fallé todas las veces que falté al instituto porque estaba acatarrado.

Ella respondió a su broma con una sonrisa.

—No sé porqué ahora dudo de que faltaras por eso.

El silencio quedó suspendido entre ellos como si hubiera una verdad que tuviera que salir a la luz y hubiera algo que hiciera resistencia reteniéndola.

—Ben ¿qué es lo que tú sabes y que yo aún no conozco?

Ben se levantó y dio un par de vueltas alrededor de la habitación de Pat.

Ella lo observó sentada sobre la cama. No parecía un chico indeciso. Parecía un hombre. En solo una semana se había convertido en un hombre.

—Sé algo que tú no sabes —dijo él por fin—. Pero antes de que lo sepas debes leer ese libro, debes conocer el mito que narran sus páginas. Cuando lo hayas leído te contaré el resto.

—¿Estarás conmigo mientras lo leo?

Ben la abrazó.

—Estaré contigo siempre.

Pat se acostó en la cama con Ben al lado y abrió el libro por la primera página.

La luna seguía roja...

CAPÍTULO 9

Cuando despertó Ben no estaba por ningún lado. En algún momento sintió como el hueco de su cama se había hecho más grande pero había estado tan absorta en sus sueños que había pasado por alto la sensación de vacío, se había hecho un ovillo y había seguido durmiendo.

Miró por la ventana. Por fin aquella horrorosa luna llena de tonos rojizos y amenazantes había desaparecido y, aunque no se pudiera decir que el cielo luciera claro, por lo menos ya no se sentía tan asustada.

Al levantarse vio parpadear la luz de su móvil. Había llegado un mensaje una hora antes.

“Debo estar acatarrándome otra vez porque no dejo de estornudar, me voy a casa. Te he dejado la camioneta delante de tu casa para que no vayas al instituto en bicicleta. Mañana estaré mejor.”

A estas alturas Pat ya no se creía nada ...¿acatarrado? No lo había escuchado estornudar ni una sola vez y ella tenía un sueño muy inquieto. ¿En qué andaría metido Ben? ¿Acaso iba a estar jugando otra vez al muchacho tímido y frágil que había aparentado hasta una semana atrás?

Ya no sabía cuál de los dos era el verdadero pero tenía que reconocer que aquella nueva versión de Ben le gustaba mucho.

Ahora ya solo había que mentalizarse de otra jornada en el instituto paseando por el bosque en los recreos para no sentirse sola.

Se puso los primeros tejanos que encontró, un polo y un grueso abrigo y bajó a tomar su café antes de salir y coger la camioneta de Ben para llegar al instituto.

Su padre estaba en la cocina. Le sorprendió verlo allí, completamente sobrio, frente a la cafetera eléctrica.

—Buenos días, Pat, ¿un café?

Con cierto recelo asintió con la cabeza y tomó el café que su padre le ofrecía. Advirtió que se había duchado y afeitado. Tenía un aspecto limpio y pulcro, una imagen que no era muy habitual en él.

—¿Tienes tiempo para tomarte el café conmigo? —preguntó su padre.

No era lo que ella había pensando pero se dijo a sí misma que no pasaba nada por llegar tarde una vez en todo el trimestre.

Ambos tomaron asiento.

—¿Viste ayer la extraña luna que había en el cielo? —la voz del padre sonaba grave.

—Sí —respondió Pat con cautela —creo que los meteorólogos dijeron que podría pasar en estos días.

—Según algunas tradiciones ese tipo de luna se llama “*luna de sangre*”.

—Sí, es una forma de llamarla —dijo ella sin dejar de percibir la forma severa en que su padre la miraba, advertía preocupación en aquella mirada, —pero es solo una forma dramática. En realidad el fenómeno es bastante más normal de lo que pensamos.

—Hubo una luna así hace quince años —dijo él —cuando tú tenías dos.

Pat no necesitó mucho tiempo para darse cuenta de lo que su padre quería decir. Su madre los abandonó cuando ella tenía dos años.

Alargó su mano y la colocó sobre la de su padre.

—¿Ella se fue en una noche de luna roja?

El padre apartó su mano de la de Pat como si le hubiera ardido el contacto.

—Se fue a la mañana siguiente. Aquella noche salió contigo. Yo me asusté muchísimo al no veros —hizo una pausa dejando vagar su mirada en algún punto indefinido mientras recordaba —sin embargo, algo la hizo regresar para dejarte aquí conmigo.

—Pero ella se marchó —dijo Pat.

—Sí, pero nunca supe las razones de su marcha.

Pat lo miró fijamente intentando adivinar que había detrás de aquellas palabras.

—Nosotros nos llevábamos bien, teníamos una buena vida ... nada parecía presagiar que nos fuera a abandonar.

Pat hizo la pregunta que llevaba años haciéndose a ella misma.

—¿Nunca supiste nada más de ella, papá?

El padre negó con la cabeza.

—Nunca, ni siquiera para preguntar por ti.

—¿Una nota, una explicación? —El padre siguió negando con la cabeza.
—¿Ni siquiera tienes una sospecha? —insistió Pat.

—No, hija. Solo te puedo decir lo que acabo de contarte. Fue una noche en la que la luna era rojiza, como la de ayer. Te llevó con ella, regresó horas después completamente desquiciada y a la mañana siguiente ya no estaba.

—Entiendo —respondió Pat sintiendo como sus ojos se humedecieron.

—He querido contártelo para que tengas cuidado, hija. No quiero que merodees tu sola por el bosque, no quiero que te alejes del instituto, no te pongas en peligro.

Lo curioso del caso es que el padre de Pat jamás había sido supersticioso pero ahora hablaba de la luna sangrante como si fuera algo así como una premonición.

—No te preocupes, papá, todo estará bien.

La mañana en el instituto pasó sin nada que la sorprendiera. Procuró prestar atención a las clases como siempre hacía pero era imposible evadirse de las conversaciones en las que el resto de chicos comentaba la luna rojiza de la noche anterior.

El corazón de Pat se aceleró cuando escuchó:

—¿No os parece extraño que pasara lo de Oliver y unos días después tengamos esa luna?

La chica era una de las amigas de Brenda Walter, la novia actual de su ex novio.

—Tal vez no fuera tan falso eso de que vio un demonio —concluyó la joven.

—Yo estuve mirando en internet y según diferentes tradiciones cuando hay una luna de sangre es que va a pasar algo malo —dijo otra de ellas que hacía el corrillo.

Pat sentía la mirada de Brenda clavada en ella y observó como esta bajaba la voz haciendo algún comentario que provocó la mirada de todo el grupo sobre ella.

Prefirió ignorar la sensación incómoda que sentía y se limitó a esperar con impaciencia la hora del recreo.

El timbre sonó y ella recordó como su padre le había pedido que no

paseara sola por el bosque, así que cogió la camioneta de Ben para ir hasta la cantina más próxima. Podría tomar un café y almorzar y luego regresar de vuelta a las clases.

Todo estuvo bien hasta que notó como un coche la seguía. Miró por su espejo retrovisor y era la furgoneta de su ex. Sintió como el nerviosismo se apoderaba de ella pero inspiró profundamente varias veces para calmarse y siguió conduciendo con tranquilidad hasta la puerta de la cantina. Abrió la puerta de su auto y bajó casi a la misma vez que sintió un tirón de su brazo.

—Yo no estoy loco, sé lo que vi.

Pat pudo girar para ver el rostro desencajado de Oliver.

—Oliver, me estás haciendo daño.

—Me has hecho quedar como un puto loco en este pueblo de mierda, pero no lo estoy, Pat, sé lo que vi en tus ojos y en tu pelo. Puede que Brenda prefiera olvidarlo pero yo sé que algo extraño sucedió aquel día.

—Pues ya sabes más que yo, Oli, porque eso de que hayas visto un demonio no se lo cree nadie, a no ser que te refieras a la bruja de tu novia, claro...

—Basta —dijo Oliver al tiempo que dejó caer su mano grande sobre la mejilla blanca y estrecha de Pat . —No vas a reírte de mí, Pat, vi tus ojos rojos y tu pelo enredándose como si cada mechón fuera una pequeña serpiente.

La mano del muchacho todavía la retenía con fuerza.

—Estás loco... ¡suéltame!

—¿Qué eres y que haces en este pueblo, a por quién has venido?

Pat sintió el movimiento alrededor de ella pero solo pudo registrar la conocida voz de Ben diciendo:

—Te ha dicho que la sueltes, Oliver.

—Tu cállate, loco de mierda, no eres nadie en este pueblo.

Solo fue un segundo lo que Ben tardó en darle un empujón y derribar a Oliver al suelo. Oliver lo miró desde el asfalto con los ojos llenos de sorpresa por el empujón que le había hecho retroceder varios metros.

—Sois un par de desquiciados —gritó mientras se levantaba. —No os volváis a acercar ni a mi novia ni a mí.

Lo vieron alejarse hasta llegar cojeando a su furgoneta y con las manos

temblorosas arrancó el motor del coche y desapareció de la vista de ambos.

—Gracias —dijo Pat aún desconcertada por la fuerza de Ben. —Creía que estabas acatarrado.

—Lo estaba, pero por lo visto solo era cuestión de dormir un poco. No te puedo dejar sola, princesa.

Pat sonrió. Estaba empezando a olvidar al antiguo Ben.

CAPÍTULO 10

A las seis y media de la noche de aquel día era ya de noche. Pat presintió mirando por la ventana de su cuarto que llovería por la humedad que se respiraba en el ambiente. Sin embargo, a las nueve de la noche empezó a nevar.

Ahora estaba completamente segura de que había mirado el parte meteorológico y no habían dado nieve para esa noche, de hecho, las posibilidades de lluvia eran también escasas.

Decidió acostarse pronto con el libro sobre el mito de Medusa. Su padre se había marchado hacía poco menos de media hora y le había pedido que no saliera de casa ni se asomara a las ventanas. Pat encontró la petición un poco exagerada pero decidió tener prudencia.

Acomodó bien su edredón de plumas y abrió el libro.

Medusa, aquella joven inocente y mortal que al ser violada por Poseidón fue castigada, le puso los pelos de punta.

Marcó el número de Ben.

—¿Pero que mierda de libro me has dado?

Una risa se escuchó al otro lado.

—¿Por qué lo dices, princesa? Es mitología.

—Ya sé que es mitología pero ¿castigan a una pobre chica por ser violada, por qué no castigaron a Poseidón?

—Porque fue violada en el templo de la diosa Atenea.

—¿Y eso que tiene que ver? Igual era culpa de Poseidón, no de ella.

Ben sonrió al otro lado de la línea. Sabía que Pat lo vería de aquella manera y eso era bueno. Dejó de sonreír cuando se asomó a su ventana con el móvil en la mano y vio el manto rojizo de nieve que cubría el pueblo.

—Pat, está nevando y deberías verlo.

—No, estoy en la cama, Ben, leyendo este rollo que me dejaste.

—Es importante que lo veas, no es una nieve ... normal.

Pat cerró el libro y de mala gana apartó su cálido edredón para acercarse

con prudencia a la ventana. Recordó las palabras de su padre así que solo recorrió un poco la cortina para ver lo que sucedía.

Sin poder evitarlo se le abrió la boca.

—¿Qué está pasando, Ben? —susurró.

—Voy para tu casa, Pat.

El teléfono volvió a sonar momentos después de que Ben hubiera colgado. Pat volvió a contestar sin mirar el número.

—¿Esto también lo estás haciendo tú, Pat? —Era la voz de Oliver la que sonaba.

—Déjame en paz, Oliver, yo no estoy haciendo nada.

—Lunas rojas, nieve roja, ojos ensangrentados... al menos dinos que tenemos que hacer para ponernos a salvo.

—¿A salvo de qué? —respondió ella —Oliver vete a la cama y deja de inventar tonterías. Esto es un fenómeno meteorológico normal —dijo sin mucho convencimiento y colgó.

Ben se abrió paso entre la bruma y los copos de nieve rojizos. Esa noche Pat tendría que saber la verdad y no tenía ni idea de lo que le iba a decir. Esperaba que al menos hubiera leído el libro completo, supiera quién era Medusa, como petrificaba a los mortales con su mirada y como su cabello se enortijaba en serpientes... rogaba al cielo que al menos tuviera una noción de lo que significaba aquello.

Llamó a la puerta.

Pat tenía mucho mejor aspecto que él.

—No pareces asustada —le dijo.

—No hay motivos. Seguro que en un par de días este fenómeno será explicado desde un punto de vista racional... la otra vez fue eso lo que ocurrió con la luna rojiza.

Ben seguía sus movimientos mientras ella filtraba el café que iba a poner en el depósito de la cafetera eléctrica.

—¿Has leído el libro que te dí?

—Sí...¿ahora te ha dado por la mitología?

—Siempre estuve muy cerca de la mitología —respondió mirándola significativamente.

Pat pasó por alto sus palabras y sirvió dos cafés en cuanto la cafetera empezó a borbotear.

—¿Por qué querías que lo leyera?

—Tal vez tenga algo que ver con todo aquello que ocurrió cuando fuiste a hacerte bruja.

—Eso fue una soberana tontería. No me lo recuerdes más, por favor.

¡Vaya! Estaba pasando lo peor que podía pasar... la negación. Pat prefería ignorarlo todo, convencerse a sí misma de que todo tenía una explicación racional. Todo aquello que se puede explicar puede ser controlado...y eso era lo que estaba haciendo Pat.

Hubiera sido más fácil para él si hubiera estado asustada. Hora tenía que buscar la manera de encauzarlo todo para que ella llegara a comprender.

—Pat —le dijo —¿has llegado a la parte en la que Medusa le propone a Atenea un intercambio para volver a recuperar su vida?

—No, lo he empezado a leer esta noche.

—Medusa escoge a una doncella virgen para llevarla frente a Atenea y a cambio de su sangre recuperar su vida.

Pat dio un sorbo a su café sintiendo como las palabras de Ben retumbaban en sus oídos como si fueran una letanía. Algún significado tenía aquella frase pero ella no estaba dispuesta a ponerlo fácil.

—Una vez que Medusa escoge a la doncella ¿no es posible cambiarlo?

—Claro que es posible —respondió Ben —solo es necesario que la doncella se rebele contra tal injusticia.

Nueva inspiración, nuevo silencio, nuevos segundos en blanco en que los pensamientos se sucedían en la mente de Pat y Ben esperaba pacientemente el siguiente movimiento.

—¿Debe ser una doncella, Ben? ¿Ella debe ser virgen?

—Sí, así es —respondió él con cautela.

—Entonces...¿ si la doncella elegida dejara de ser virgen en esos días Medusa tendría que escoger a otra?

—No tengo ni idea.

Ahora era él el que no se lo ponía fácil. El problema en la vida con los tiempos era ese; nadie tiene los mismos... cuando una está dispuesta a aceptar

, el otro no, cuando es el otro el que tiene prisa , una se lo tiene que pensar...

—Si yo estuviera en esa tesitura intentaría dejar de ser virgen.

Y aquella frase quedó suspendida en tre ambos como si fuera una eternidad en el tiempo.

CAPÍTULO 11

—No es tan fácil dejar de ser virgen, pequeña.

Ben intentó imprimir en su voz algo de humor, un humor que estaba muy lejos de sentir.

—Para una mujer es tan fácil como proponérselo a un hombre.

—Tú no eres una mujer, Pat. Eres una adolescente.

—Soy una mujer adolescente.

Ben apretó los brazos sobre su pecho evidenciando sin advertirlo su disgusto. El gesto no pasó desapercibido por Pat.

—¿Y qué te proponer hacer? —inquirió Ben —¿tienes pensado pedirle a Oliver que te haga el amor?

—¿Oliver? Es el último en el que he pensado.

¡Oh, aquello era demasiado! Ahora iba a resultar que la joven y tímida Pat Miller tenía una larga lista de candidatos esperando para acostarse con ella.

—Pero no has contestado a mi pregunta, Ben. ¿Renunciaría Medusa a la joven escogida si dejara de ser doncella?

—Supongo que sí pero estarías condenando a otra.

—No si en este pueblo dejara de haber doncellas.

¡Descabellada...aquella conversación era absurda y descabellada!

—Pat, en este pueblo seguirá habiendo doncellas porque no puedes ir diciéndole a la gente que haga el amor para salvar su vida.

—Por lo menos yo propongo soluciones, tu lo único que has hecho es darme una novela para que la lea.

Ben ase acercó a ella y la tomó de las manos con delicadeza, dirigió los pasos de la joven hacia la ventana y la hizo mirar por ella:

—Puedes darte cuenta de que todo esto no es normal, ¿verdad? Si fuera tan fácil como que dejaras de ser virgen yo mismo te haría el amor. —Ben advirtió como Pat tragó saliva al escuchar aquello. —Pero las cosas no funcionan así, Pat, tienes que hacer algo con todo esto, tienes que enfrentarte a tu destino. Sé que ya intuyes que todo esto va más allá de un juego para ser

bruja a la orilla de la playa.

Pat puso una de sus manos sobre la mejilla de Ben. Él se erizó al sentir aquella tibieza.

—Entonces ayúdame.

—Es lo que estoy haciendo, princesa, es lo que llevo haciendo todo estos años.

—¿Quieres decir que nada de esto es casual?

—Sí, eso es lo que quiero decir.

—¿Y por qué no me advertiste antes de todo esto?

Ben inspiró y dejó correr sus manos por los brazos de Pat.

—Porque la fruta tiene que caer en su momento, si provocas su caída el fruto está aún inmaduro.

—¿Entonces no me salvaré de esto si hacemos el amor?

Ben sintió la necesidad de abrazarla. Aquella pregunta, lejos de resultar erótica, se le hacía tan tierna que sintió el deseo inmediato de poseerla, pero en lugar de evidenciar su deseo, sonrió con dulzura.

—Acompáñame. Tienes que ver algo.

Ben condujo su auto hasta la orilla de la playa... la misma playa donde Pat había pedido ser bruja apenas diez días antes. Los copos rojizos llegaban casi hasta el agua que, como si estuviera furiosa, se movía agitada creando olas con las cretas llenas de una espuma que se fundía con los copos en su caída.

—¿Qué hacemos aquí, Ben?

—Vamos a sumergirnos bajo el agua.

El calor de sus cuerpos empañaba los cristales de la furgoneta de Ben. Pat tenía miles de preguntas en su cabeza pero la inquietud que sentía la reprimía de atreverse a preguntar.

Solo fue capaz de decir:

—Estás delirando, amigo, hace un frío que corta la piel, cogeremos una pulmonía si nos metemos en el agua.

—Te prometo que no cogerás nada, confía en mí.

Pat lo miró escéptica.

—¿Por qué habría de hacerlo? Ben, sabes mucho más de lo que me cuentas. No me dices que es lo que quieres demostrar. Actúas y hablas como si

llevaras tiempo sabiendo que todo esto iba a ocurrir y jamás me dijiste nada. Ni siquiera sé si eres el Ben que llevo conociendo toda mi vida, el chico tímido detrás de sus lentes, o siempre has sido este hombre seguro que veo ante mí. No tengo ningún motivo para confiar en ti.

Llevaba razón. Él sabía que llevaba razón en todas y cada una de sus palabras. Se acercó tanto al rostro femenino que pudo sentir sobre su piel la respiración agitada de ella. Si pudiera hacer algo para que comprendiera que estaba de su lado...

Puso los brazos alrededor de su espalda y se acercó aún más a su rostro.

La boca de Pat estaba solo a un centímetro.

Se acercó un poco más. Ella lo miraba atónita sin saber si hablar o callar. Solo miraba aquella boca que había estado ahí toda la vida y con sorpresa comprendía que jamás se había detenido a mirar lo sensual de aquellos labios masculinos, la fuerza que había en aquella mandíbula bien perfilada, la suave e insinuante sombra rubia en su barba... Todo eso había estado siempre ahí pero nunca lo había visto. Él estaba algo más cerca y vio a cámara lenta como entreabría los labios para mojarlos en su boca. Sintió la suave lengua explorando despacio dentro de ella. El impulso natural la llevó a investigar aquella boca, a responder a aquel beso que seguramente había estado años esperando para nacer.

El pecho de ella contra el pecho de él, los dos labios formando una sola boca, el olor a la piel de ambos mezclado con el dulce sopor del coche.

Fue un beso largo, un beso que ninguno de los dos había experimentado nunca. Un beso eterno, esa clase de besos que hacen que desees detener el tiempo.

Fue Ben el que interrumpió el momento y ella se sintió como una inexperta que no había sido capaz de detener a su compañero...¿no era eso lo que se suponía que debía hacer una buena chica?

—Vamos, princesa, no demoremos más este momento.

Le tomó la mano. Ella se resistió.

—Dime que es lo que vamos a hacer en el agua.

—No se trata de hacer, se trata de ver – respondió él.

—¿Me va a dar mucho miedo, es algo terrorífico?

—No, es algo que te ayudará a comprender.

Él volvió a tirar con suavidad de su mano. Esta vez ella se dejó guiar.

Caminaron juntos hasta la orilla del agua ...

CAPÍTULO 12

Las aguas salpicaban los cuerpos de ambos pero ellos no sentían su contacto frío. Pat tenía el corazón a mil, sentía cada latido con una intensidad que la atemorizaba y deseaba para el tiempo. De alguna manera sabía que aquello que fuera a ver iba a cambiar su vida para siempre.

Sentía la mano de Ben fuerte y firme sosteniéndola...¡Lo acababa de besar! ...Dios mío, jamás en la vida se le había pasado por la cabeza que Ben pudiera despertar ningún tipo de sentimiento amoroso en ella. Siempre había sido su amigo, su confidente, la persona que la contenía cuando tenía una frustración, pero jamás... jamás ni un pensamiento impuro... ni un deseo.

Lo tenía claro, ahora comprendía, le había costado años pero acababa de entenderlo mientras tomaban aliento para seguir contra las olas caminando hacia quién sabe dónde. Ben había hecho un personaje. Eran deliberadas aquellas gafas, aquel porte desgarbado, la forma tímida de mirar, la apariencia de inseguridad. Sin embargo, ahora unía todos los hilos... ¿Cómo una persona insegura siempre había estado ahí para sostenerla? ¿Por qué jamás lo había visto preocupado por la aceptación popular cuando eso era lo que ella, ignorante todavía de todo, era lo que más había deseado? ...¡Por eso! ¡Era por eso!...Porque había fingido ser alguien que no era.

—Pat —dijo él elevando la voz por encima del murmullo de las olas —no sueltes mi mano. Toma aire, vamos a sumergirnos.

La luna brillaba en lo alto del cielo y seguía con su tono rojizo. Un manto de nieve bermellón cubría la silueta de la playa. Pat siempre había escuchado que las cosas esotéricas ocurren cerca del agua, pero en sus fantasías siempre había imaginado que los personajes de los libros que leía eran valientes y aventurados y aceptaban sus destinos con osadía y coraje. Ella no, no sabía como iba a aguantar la respiración debajo del agua. ¿Sería una sirena? Bueno, tal vez una sirena no , pero una bruja sí, quizás Ben sabía si las brujas podían aguantar la respiración debajo del agua.

Su cabeza era en ese momento un torbellino de pensamientos, unos le llevaban a otros formando hileras de pensamientos que la llevaban a

conclusiones, la mayoría las desechaba por considerarlas absurdas aunque en el fondo, dentro de ella, tenía la intuición de que ella no era una persona normal. A las personas normales no les ocurrían aquellas cosas.

Las personas normales se levantaban por las mañanas. La mayoría con cara de pocos amigos se duchaban, se comían el desayuno y salían a hacer sus mañanas, unas trabajaban, otras estudiaban para preparar un futuro que veían lejano... casi todas ellas insatisfechas con sus vidas, agobiados por la monotonía, sin pensar que cada día era un regalo que podía estar lleno de sorpresas.

La vida te acostumbraba a ver cada cosa con normalidad... hasta lo más brillante, lo más hermoso llega a convertirse en algo cotidiano que precisamente por este motivo deja de ser vaorado... y entonces ocurría algo, una sorpresa generalmente no grata que les hacía replantearse de nuevo todo, apreciarlo de nuevo todo...

Eso era lo que ocurría en la mayoría de las vidas. Así que, mientras ella estaba sumergida en el agua sin notar pensamiento tras pensamiento que era capaz de respirar debajo del mar, se consideró afortunada. Al fin y al cabo, no había sido necesaria una experiencia ingrata para revalorizarlo todo. Ella se había tenido que convertir en bruja. Eso le hacía saber que la vida era especial en todas sus formas y colores.

La enorme hilera de pensamientos quedó detenida cuando vio un torbellino de burbujas a su alrededor.

Justo en ese momento fue consciente de que llevaba mucho rato sin respirar y que no notaba asfixia, no le dolía el pecho, no sentía ningún agobio... Miró a Ben y este sonrió. Sus dientes parecían aún más blancos debajo del agua entremezclados con la espuma y las burbujas.

La expresión de Ben se tornó seria y un pequeño tirón de la mano aún asida a ella, le hizo saber que él estaba mirando algo y la invitaba a ella a mirar.

A lo lejos parecía haber alguien sobre un lecho de corales.

Una mujer sentada.

Si no hubiera tenido miedo a soltar la mano de Ben se hubiera frotado los ojos.

Ben pareció intuir su deseo y tiró con suavidad de nuevo de su mano. La quería concentrada. Quería que viera lo que tenía que ver.

Pat recordó sus palabras... "no se trata de saber, se trata de ver".

Se acercaron un poco más al lugar donde estaba la mujer. Pat se detuvo a unos dos metros.

Flotaban en el agua como si fueran peces, se movían como si estuvieran hechos para vivir debajo del agua.

Ben la hizo bucear medio metro más sin soltar su mano.

Ahora podían ver a la mujer con toda claridad.

Pat abrió la boca con desconcierto dejando que el agua salada le inundara sus papilas gustativas... retrocedió... Ben comprendió que se estaba dando cuenta.

Aquella mujer tenía los mismos cabellos que ella, el mismo cuerpo que ella, incluso su postura era similar a la de ella cuando estudiaba en su habitación sentada en la cama.

No podía ver sus ojos, los tenía cerrados.

Los labios permanecían fruncidos en un mohín similar al de Pat.

Lentamente abrió los ojos. Los miró de lleno. Pat parpadeó. La mujer sonrió.

El rostro... el rostro de aquella mujer era idéntico al suyo.

Pat no pudo soportarlo más. Sintió la imperiosa necesidad de huir. Soltó el aire de su boca y pataleó hacia arriba para subir a la superficie. Ben intentó retenerla pero fue imposible.

Ambos llegaron a la orilla ayudados por una ola.

Pat se puso de pie sobre la arena y comenzó a correr. Ben tuvo que seguirla para alcanzarla y derribarla.

—¡Suéltame! —gritó ella.

Él no lo hizo. En su lugar la abrazó y la sostuvo contra su pecho.

—Sé que es difícil y que puedes estar asustada, pero era necesario para que comprendieras.

CAPÍTULO 13

Ben había puesto varias hojas de té a hervir para prepararle una taza a Pat que aún seguía conmocionada mientras la luna rojiza ponía un tono púrpura en su mirada.

Tenía el cabello aún mojado y lleno de sal de haber estado sumergida en el agua del mar, y tan solo el olor del té mientras hervía conseguía apenas evaporar el olor a algas que desprendía su ropa.

Ben sirvió un par de tazas y le ofreció una de ellas a Pat.

Esta la cogió enfrentando su mirada y preguntó:

—¿Quién era esa mujer que nos miró y sonrió y que hace ahí... que es?

—¿Aún no lo intuyes? —preguntó él.

—Estoy cansada de intuir, de imaginar, de sacar conclusiones que no sé si son ciertas. Quiero la verdad.

—La verdad es muy relativa, Pat —le dijo con un tono de voz calmado — y la vida humana ocupa buena parte de su tiempo sacando conclusiones que nunca se saben si son ciertas.

Pat puso los ojos en blanco.

—Otra respuesta retórica como esa y te cortaré la cabeza.

Ben no pudo contener la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

—¿A qué viene esa cara? No encuentro nada gracioso aquí.

—Lo creas o no resulta divertido tu comentario. En otra vida le corté la cabeza a una Gorgona.

Pat frunció el entrecejo.

—No, esto es lo que me faltaba por oír.

Ben sorbió un poco de su té dejando que el líquido oscuro llenara de tibieza su garganta.

No había borrado aún la sonrisa de su rostro.

—¿Sabes cual es tu problema y el del resto de la humanidad, Pat?- —.Ella alzó las cejas en señal interrogativa.-- Que no sois capaces de asimilar la verdad, por eso el mundo está lleno de mentiras.

—Acabo de decirte que quiero respuestas, no retórica —dijo ella sin rabia pero con firmeza.

—Sí, claro que las quieres. Y quieres saber quién es esa mujer pero no has sido capaz de preguntarme aún quién soy yo.

Esta vez fue ella la que sorbió un trago de té. El aroma de la hierba se mezclaba con los olores a mar que su cabello desprendía haciendo del momento una fragancia inolvidable.

Ben escuchó como la garganta de ella se contrajo al beber. Momentos después con una voz llena de serenidad dijo:

—Eres Ben, mi amigo de la infancia, el que ha estado siempre conmigo desde que íbamos al jardín de niños. Un amigo que en la última semana ha madurado mucho al hilo de los acontecimientos.

Dijo aquella parrafada para volver a su té como si quisiera evitar la mirada de Ben y así evitar observar su reacción.

Una suave carcajada cosquilleó en los labios del muchacho.

—Ya veo que tu parte más racional ha tenido mucho trabajo para darle una explicación a todo.

—A todo no, Ben, a tu cambio. Me has pedido que te pregunte quien eres antes de preguntarte quién era esa mujer del agua y te explico que no necesito preguntarte nada porque ya sé quién eres.

Ben se levantó del sofá donde estaban sentados y sirvió más café. Los silencios se conjugaban con las palabras que, tal vez por el efecto del suave amanecer rojizo destellando sobre la nieve, sonaban llenas de paz a pesar de la tensión del momento.

Aquella tensión se palpaba en el ambiente, se sentía pero era, no obstante, una tensión sin temor. Ben era capaz de darse cuenta de ello.

—Es una de las cosas que siempre me ha gustado de ti, Pat, tu notable inteligencia. Pero cualquier virtud puede ser un arma de doble filo porque hasta la inteligencia puede servir para autoengañarnos si no deseamos asumir la realidad. —Ben colocó otras dos tazas sobre la mesa. —¿Y qué explicación le da tu parte más racional a la mujer que estaba en el mar?

Pat se concentró unos segundos en el vapor que salía de su taza y dejó que le diera en la cara para sentir su humedad. Ella también había notado que

estaba amaneciendo y el cielo seguía rojizo. Las cosas eran raras. Por mucho que quisiera darles una explicación eran demasiadas las notas de advertencia como para pensar con racionalidad, pero no estaba dispuesta a dejarse llevar por el juego de Ben.

—Antes de llegar a la mujer del agua —le respondió ella —deberíamos preguntarnos quién era la mujer que me inició como bruja.

La mente de Pat era fascinante como lo había sido la de su madre. Mujeres inteligentes que no estaban dispuestas a que les marcaran el ritmo. Mujeres que iban armando las piezas del rompecabezas poco a poco y sin dejarse presionar por nadie.

Ben sabía que aquel parón era una rebeldía de Pat. No en vano la había estado custodiando durante años. Ella quería llegar al camino pero iba a hacerlo por su propio sendero, no por el que él le indicara.

Admiró la determinación de ella.

—Digamos que esa mujer puede ser algo así como una guardiana que estuvo siempre esperando el momento de verte allí, en la arena de la playa, esperando tu rito para iniciarte bruja.

—Muy bien, digamos eso —dijo Pat —¿y por qué se paseó por el pueblo?, ¿por qué caminaba por delante de tu casa? Mi padre me lo dijo.

—Sí, yo mismo te lo dije —contestó él. —Digamos que seguramente quería decirme algo a mí.

—¿Algo como qué?

—Algo como que no me relajara y que no te dejara huir para que pudieras afrontar tu destino.

—¿Crees en el destino, Ben?

—No es que crea en él, princesa, es que sé que existe. Yo no estaría aquí si no fuera ese mi destino.

Una sombra cruzó por la mente de Pat. Ben supo que estaba asustada en ese momento y que estaba a punto de hacer una pregunta cuya respuesta temía.

—¿Es mi destino morir en esta aventura? —preguntó en un hilo de voz.

Ben tragó saliva. No podía contestar a eso.

—Acabas de decirme que existe el destino.

—¿No escuchaste nunca esa frase de Einstein que decía que dios no juega

a los dados? No es una casualidad que la gente se conozca. Todo forma parte de un plan que no somos capaces de comprender. Cada persona que llega a tu vida llega para algo, no es casual. Esa persona tiene algo que tu necesitas y tu tienes algo que esa persona necesita.

—¿Qué es lo que tú necesitas de mí y qué tienes para ofrecerme?

El camino estaba trazado. Pat iba a llegar adónde tenía que llegar. No lo iba a hacer de una forma sumisa siguiendo las pistas que él le dejaba pero iba a llegar.

—Creo que es evidente que necesitas mi protección. Siempre la tuviste aunque no fueras consciente de ello.

Pat lo miró de frente, sentado junto a ella en el sofá, sin impedir que la espiral de pensamientos la invadiera dándole forma a todo. No se esforzó en echar aquellos pensamientos de su cabeza. Tenían que estar allí para que ella comprendiera y, poco a poco, incluso a su pesar, estaba comenzando a entender.

—¿Y qué es lo que tu necesitas de mí, Ben?

Ben se levantó haciendo el gesto mecánico de dirigirse a la tetera para servir otra taza.

—Ya no quiero más té, gracias —dijo Pat con la certeza de que Ben estaba ganando tiempo.

Él se giró y la miró. Respiró pausadamente y dijo:

—No es que necesite de ti nada en concreto. Eres una de las muchas personas a las que ayudaré en mi vida.

Pat abrió los ojos tanto como pudo por la sorpresa.

—¿Qué quiere decir eso? Llevas a mi lado dieciséis años. ¿No son muchos si solo soy una persona más a la que has de ayudar?

—El tiempo no tiene importancia para mí.

Aquella respuesta fue tajante. No fue pronunciada ni con furia, ni con vehemencia, sino con toda la serenidad del mundo como si acabara de decir una verdad absoluta.

Silencio... en tales condiciones Pat solo podía guardar silencio.

Ella no iba a decir ni una sola palabra más hasta que el por fin le llevara a aquella verdad.

Tras dos minutos de opresivo silencio Ben volvió a hablar.

—Pat ¿no te sorprendió poder respirar debajo del agua?

Ella asintió con la cabeza.

—¿No quieres preguntarme quién soy?

Pat volvió a asentir.

—Entonces hazlo... no puedo explicar nada que tu misma no preguntes. Solo cuando hagas las preguntas adecuadas obtendrás las respuestas satisfactorias.

Ben estaba a dos metros de ella...Pat se levantó del sofá.

Se acercó a él caminando como en una nube. Recordó que apenas unas horas antes se habían besado. Alargó su mano y la puso sobre la de él.

—¿Quién eres realmente Ben Hollister?

CAPÍTULO 14

—Mi nombre real es Perseo. Soy hijo de Zeus.

Pat se cubrió la boca con las manos...¿Perseo... hijo de Zeus...estaba loco?

Sí, debía estar loco... de hecho los manicomios estaban llenos de personas que afirmaban cosas parecidas a lo que acababa de decir Ben.

¿Y si estaba loco por qué no había notado nada hasta ese momento?

El corazón comenzó a latir con ferocidad dentro de su pecho. Tragó saliva varias veces. Notaba la garganta rasposa. Un dolor agudo se instaló en sus hombros como si acabara de recibir algún peso extra al de su propio cuerpo. Se sintió agarrotada.

Apenas los separaban unos centímetros pero Ben no se atrevía a tocarla. Hubiera esperado cualquier cosa menos lo que estaba viendo...incredulidad.

—Pat, pudiste respirar bajo el agua, viste a una mujer sentada sobre un coral mirándote y sonriéndote...¿crees que te miento? No hay más explicaciones racionales a todo esto. Es lo que parece ser.

Un rayo del sol que acababa de salir quebró en la frente de Pat haciéndola volver a la realidad.

—O sea, que me acaba de besar un dios...un dios del Olimpo.

En otras circunstancias Ben se hubiera reído.

—Por eso te dije que solo eres una de esas personas a las que yo he de ayudar en mi vida.

—¿Y cuál es tu vida? Es decir ...¿es cierto todo esto?...¿no hay ninguna cámara oculta por aquí?

—¿Crees que estaría dieciséis años fingiendo ser alguien que no soy solo para gastar una broma?

Pat empezó a dar vueltas por la habitación...

A esto se refería ella cuando decía que quería ser “normal”. En una vida normal a esa hora te levantas, te duchas, te peinas, te vistes , desayunas y te vas al instituto con cara de pocos amigos. Las preocupaciones son si le gustas

al indicado, si tienes suficiente ropa en el armario, o si vas a suspender algún examen... pero no... ella no... ella tenía que tener un amigo que era hijo de Zeus...tenía que besar al hijo de Zeus... y por si fuera poco había una mujer esperándola debajo del mar.

¡ Quería esa vida en la que el despertador sonaba y ella pensaba en lo monótona que era su existencia!

¡Aquello era demasiado!

—Todavía te queda una buena pregunta que hacer. Sabrás cuál es en cuanto te tranquilices un poco. Y te aconsejaría que te tomaras otro té sentada en el sofá mientras vas asimilando todo.

—Sabes que nunca he soportado a la gente que piensa que todo se puede arreglar con un té —dijo sin pensar demasiado en sus palabras.

—Si es con bastante azúcar será mucho mejor para que la glucosa riegue tu cerebro y puedas hacerme la gran pregunta.

Su ironía era más de lo que podía soportar en ese momento.

Se tiró sobre el sofá y se colocó las piernas junto al pecho sosteniéndolas con los brazos. Era una de esas posturas de pensar tan típicas en ella que él reconocía a la perfección.

—Tengo que hacerte una gran pregunta —dijo ella repitiendo la frase varias veces.

Pat se llevó los delicados dedos de su mano a la frente acariciándose el mentón en un gesto pensativo.

—Entiendo tu desconcierto, princesa, pero es mejor que no perdamos mucho tiempo —le dijo él.

—Acabas de decirme que el tiempo no es un problema para ti.

—Para mí no, pero para ti es posible que sí.

—¿Y eso qué quiere decir? No dejas de decir cosas sin sentido que yo no entiendo...

Ben se acercó a ella, se arrodilló frente al sofá y dijo:

—Llevo dieciséis años esperándote, Pat, dieciséis años fuera de mi auténtico lugar esperando que estés preparada para esto. Aunque tú no puedas creerlo te he protegido y tu padre también lo ha hecho. Nada en tu vida ha sido casual. Tenías que salir con Oliver porque tenías que decepcionarte y sentir

los deseos suficientes de venganza para ir aquella noche a esa playa a pedir ser una bruja. Tenías que conocer a aquella señora horrorosa que con sus malos modos trató de disuadirte de serlo. Si aquella noche te hubieras dejado convencer por mí o por los modales de aquella mujer de que aquello era una tontería, hubiera significado que aún no estabas preparada para esto. Pero lo estás, Pat, ha llegado el momento de que sepas quién eres, quienes somos las personas que te hemos cuidado. No puedo contarte aquello que tu no desees saber. Debes preguntarme para llegar a la verdad. Debo guardar silencio a menos que tu me preguntes.

Lo entendía... lo entendía... estaba claro.

Aquello era una norma de él, fuera quien fuera. No podía hablar si no se le preguntaba. Bien, entonces bastaría con no preguntarle y ellos, quienes fueran ellos, asumirían que no estaba preparada para eso que ella tuviera que hacer, fuera lo que fuera.

¿No se trataba de eso?

¿No era que el tiempo no era importante para él?

Pues ya está... ya tenía la solución... no le preguntaría.

—Ben, quiero que te vayas de mi casa ahora mismo.

Él la miró sin poder creer lo que escuchaba.

—Pat, no puedes negarte a tu destino —le dijo —de lo contrario el destino te buscará a ti.

Ella no quería escuchar nada más.

—He dicho que te vayas de mi casa —gritó Pat.

Ben suspiró dando un paso hacia la puerta.

Pat sintió que el aire de aquel suspiro la envolvía contándole una verdad...

CAPÍTULO 15

Una semana después...

Los acontecimientos se habían precipitado sobre el pueblo que hasta ahora siempre había sido tranquilo.

Un equipo de televisión grababa por la zona preguntándoles a los estudiantes sobre los hechos...

Nieve rojiza, cada noche una luna de sangre que solo era visible en aquel pueblo, animales muertos en el bosque, y lo peor, los alumnos del instituto estaban aterrorizados por las extrañas visiones y sonidos que se escuchaban procedentes del bosque.

—¿Tu viste algo? —preguntaba una bonita periodista más pendiente de cómo daba en cámara que del asunto a tratar.

Por su parte la muchacha preguntada estaba pendiente de mantener los hombros erguidos y la cabeza ladeada para dejar ver su bonito flequillo.

—Yo no he visto nada pero hay varios estudiantes que dicen haber visto cosas raras en el bosque.

—Y en la playa —apuntó otra alumna deseosa de salir en la pantalla.

—Sí —responde la chica con entusiasmo —en la playa todas las mañanas hay peces muertos, muchos, de todo tipo, grandes y pequeños, y se huele muy mal.

La periodista volvió a acercar el micrófono a la primera chica. Era mucho más mona que la segunda y hacía mejor el papel de niña asustada aunque con la experiencia que tenían sabían muy bien que los que de verdad estaban asustados no querían salir en ningún sitio... por ese motivo estaba pendiente del muchacho que miraba la escena con cara de pocos amigos.

El chico no parecía exactamente asustado sino preocupado.

Era alto, desgarbado y ocultaba unos ojos grandes y profundos tras unas lentes. La periodista hubiera jurado que iba disfrazado tras comprobar la firmeza de su mandíbula intencionadamente oculta tras una barba de tres días desaliñada y poco atractiva.

Pensó que tal vez sería su oportunidad de sacar algo más de una noticia tan insustancial...¡Pueblos con fantasmas! Cuantas veces había cubierto tonterías de ese tipo.

Cortó la conversación con las dos alumnas sin demasiado miramiento y se dirigió al muchacho justo cuando este ya había comenzado a caminar en dirección al bosque.

CAPÍTULO 16

En el mismo sofá donde una semana antes se había sentado tras escuchar a Ben Hollister decir que era hijo de un dios del Olimpo, se encontraba Pat con su padre viendo las noticias.

Sintió como su padre la miraba de reojo varias veces al escuchar las noticias. Ni siquiera comentó las dos alumnas del instituto que habían salido en pantalla a pesar de que las conocía tanto a ellas como a sus padres.

Pat tenía la sensación de que aquello era un tema vetado entre los dos.

Si a su padre le molestaba que durante una semana se hubiera quedado en casa sin acudir a sus clases de secundaria, no había dado ninguna muestra de ello.

Pat había estado durante siete días seguidos deambulando por la casa en pijama, con el cabello despeinado y leyendo libros...su padre o no lo había notado o prefería no decirle nada.

—Voy a subir a acostarme —dijo la muchacha dándole un beso de buenas noches a su padre.

—Que descanses, hija.

Cuando llegó a su dormitorio se recostó sobre la cama sin hacer durante una larga semana. Miró durante unos segundos el techo...¿era posible que todo lo que estaba ocurriendo fuera culpa de ella?

¿Y si era así... qué significaba eso? ...¿Quién era ella?!

De repente parpadeó como si una luz se hubiera encendido en su interior... esa era la pregunta que quería escuchar Ben... ¿Quién era ella?

Si él era ajeno al tiempo ...¿quería decir que ella también lo era?

¿Y quiénes eran aquellos que la habían cuidado?

¿Estaba su padre entre ellos...y su madre?

¿Quién era ella?....

Se levantó de la cama y bajó corriendo por la escalera que daba al salón. Su padre seguía sentado allí. Había dejado de mirar la tele y consultaba su móvil.

—Dímelo de una vez, papá, dime quién soy.

El padre la observó con seriedad. Ella contuvo la respiración mientras le sostenía la mirada. Él poco a poco fue arqueando los labios en una sonrisa hasta que dijo:

—¡Cuánto me alegra escucharte, Pat! Estábamos empezando a pensar que nunca te atreverías.

CAPÍTULO 17

La realidad... ese algo de lo que todo el mundo huye porque es más fácil evadirse que asumirla, ese algo, por otro lado necesario, para tomar las fuerzas que nos permitan afrontar esa realidad.

Pat se había refugiado toda su vida en los libros. No había para ella nada como darse una ducha con agua tibia, dejar que el chorro de agua caliente invadiera se deslizara poco a poco por todos los poros de su piel, secarse y untar su cuerpo con un líquido oleoso para hidratarlo y después enfundarse como si fuera una segunda piel en un pijama espeso que la hiciera sentir abrigada, tomar una novela de vampiros, de licántropos , de brujas y de hadas y dejar que su fantasía volara.

Esa fantasía, tantas veces leída, tan remotamente posible que la hacía olvidar que vivía en un pueblo con su padre, que su único y real amigo era Ben Hollister, que su madre los había abandonado para vivir una vida quién sabe dónde y con quién.

Y ahora, esa fantasía se hacía real, resultaba que existían los dioses, las brujas, los personajes a quienes el tiempo no les afecta porque es una dimensión que traspasan una y otra vez, resultaba que existía la eternidad cuando hasta ese momento la eternidad era un concepto remoto y soñado.

Su padre, recordándole a Ben unos días antes, había abierto una lata de aluminio pintada en un delicioso color verde pastel, había sacado algunas hojas de té y las había puesto a hervir en una tetera de hierro japonés.

Pese a que el gesto le recordaba a la actitud de Ben días antes por la serenidad que pretendía sellar al momento, ella no pasaba por alto que esa manera de maniobrar de su padre estaba llena de significación. Aquella tetera de hierro forjado que tan bien soportaba las altas temperaturas mientras el agua con las hojas de té hervía en su interior, era la misma que usaba su madre para sus tés “mágicos”.

Recordó como un abanico que se despliega aquellos momentos en los que su madre le explicaba los ingredientes que le echaba al té, la imagino en la

cocina rallando piel de mandarina para incorporarlo a la taza.

No tenía ni idea de que la conversación iba a versar sobre su madre. Ella esperaba que le hablara de quien era. Sin embargo, en algún momento, tuvo la noción de que todo aquel comportamiento era deliberado, justamente para que ella recordara a su madre.

—Tengo entendido que leíste el libro que Ben Hollister te dejó. Es importante que lo hayas mirado porque en él se cuenta el mito de Medusa y Perseo.

—Lo he leído —respondió ella sin saber donde dirigir la conversación.

—¿Sabes quién es Ben Hollister?

—Me dijo que era Perseo y que a él no le afectaba el tiempo.

—¿Le preguntaste quién eras tú?

La conversación se detuvo. Pat aún tenía miedo de hacer aquella pregunta.

—No, no se lo pregunté y él me dijo que era necesario que se lo preguntara para decírmelo.

El padre de Pat asintió con la cabeza. La comprendía, eso fue lo que Pat entendió del gesto. No era fácil asumir todo aquello.

—¿Te estás preguntando quién soy yo?

—Espero que tú me lo digas, papá.

—No te puedo responder aquello que tú misma no me quieras preguntar.

Sí, ya lo sabía, esa era una de las normas de aquella gente.

—Está bien —suspiró al decir aquello --¿quién eres, papá?

El padre levantó su cabeza en dirección al cielo y exhaló un largo suspiro.

—No sabes lo que significa guardar un secreto durante tanto tiempo. No sabes las injusticias que tenemos que escuchar o ver sin tener más opción que quedarnos en silencio.

—Discúlpame pero en este momento no soy capaz más que de pensar en mi propia impresión ante los acontecimientos y en tratar de controlarme para poder asumirlos.

—Te entiendo, para mí tampoco fue fácil y hace muchos, muchísimos años que lo supe todo.

El padre se acomodó con una taza de té en las manos. Adoptó una postura relajada y comenzó a hablar:

—Yo era el director de una compañía de telégrafos en los años veinte cuando entendí todo.

—¿En los años treinta?

—Sí, corría el año 1929 cuando empecé a notar cosas extrañas.

—¿Qué cosas? —preguntó Pat sintiendo como su respiración volvía a agitarse.

—Veía por todas partes a esa misma mujer que te inició en este camino.

—La mujer horrible —dijo Pat.

—La misma. Ella es una de las guardianas de Medusa.

—La joven mortal que fue violada en el templo de Atenea —concluyó Pat haciendo un esfuerzo por encajar todas las piezas del rompecabezas.

—Así es, me alegra ver que realmente conoces la historia porque así es más fácil —le respondió el padre. —Esa mujer me seguía adónde quiera que fuese. La veía en mi calle, en mi trabajo, en las fiestas conmemorativas de la empresa que dirigía. Llegué a pensar que estaba volviéndome loco. Llegué a consultar con un psiquiatra que conocía y que me recomendó unos tranquilizantes y mucho descanso. Me tomé unas vacaciones, me fui de viaje a una isla paradisíaca. Allí fue donde conocí a tu madre y ... a ti.

—¿Cómo... no... no eres mi padre?

Pat se llevó la mano al pecho como si así pudiera detener los latidos frenéticos de su corazón. Dio varios sorbos llevando la taza de té a sus labios con las manos temblando.

—Fui siempre tu padre. Lo fui desde el día en que te ví tan pequeña e indefensa enredada en los brazos de una madre nerviosa que parecía temer por tu vida.

El padre de Pat acarició su rostro apartando uno de los mechones que caían sobre él.

—Todo esto es muy difícil, lo sé, pero debes saberlo, hija, tú eres una de ellos, no perteneces a este lugar, tu lugar es otro muy diferente, es un lugar donde existe la eternidad del tiempo, las luchas y tensiones de poder entre los diferentes dioses. Eres como Perseo.

—¿Quién soy?

—Eres la virgen que Medusa quiere ofrecerle a Atenea para que Perseo no

le corte la cabeza. Solo existe una posibilidad de que Medusa recupere su vida de mortal en su auténtico lugar y tiempo, y esa posibilidad es entregar a una doncella para borrar la ofensa que sintió Atenea al ser ella mancillada en su templo.

—Pero ¿por qué yo?

—Porque eres la hija de una nereida que años atrás desafió a Medusa.

—¿Mi ... mi madre es una ... --Pat tragó saliva —... nereida?

—Sí, Pat, huyó del mar para protegerte y le pidió a Perseo, el único capaz de derrotar a Medusa que cuidara de ti. Por ese motivo puedes respirar debajo del mar. Desde que eras una niña el mar te fascinó, yo intenté mantenerte alejada de él todo cuanto pude para protegerte.

Pat se levantó y se acercó a la ventana. Mientras caminaba hacia ella sentía sus miembros flojos. ¿Ella hija de una nereida? Todo parecía una locura y, sin embargo, no podía eludir todos los acontecimientos que habían sucedido, no podía obviar su respiración bajo el mar, el cambio de Ben y la mujer que había visto bajo el agua.

Había amanecido completamente pero el fulgor rojizo del día seguía estando allí.

—¿Quién era la mujer que había bajo el mar y que nos miró sonriente?

Escuchó la respiración de su padre. Un padre que había ejercido como tal pero que no era su auténtico padre. Hecho que ahora no le importaba nada ni tenía ninguna trascendencia para ella. Él siempre sería su padre hubiera salido de donde fuera. Él la había cuidado y protegido y eso había sido suficiente para ser un padre. Tal vez un padre poco convencional, tal vez poco comunicativo, pero un padre que la había amado. Sintió una enorme gratitud por ello.

—Ella es tu madre. Medusa la localizó y te raptó. Tu madre se entregó a cambio. Pero ella no vale para el sacrificio, no es doncella, ya te tenía a ti. Cuando Medusa la despreció por ello tu madre le pidió tiempo y llegó al arreglo de estar prisionera para Medusa hasta que te tuviera a ti. Fue lo único que pudo hacer, Pat, con la confianza de que el día que tuvieras que enfrentar a Medusa estuvieras preparada para ello.

Aquello que acababa de escuchar era lo que había estado esperando. Su

alma había silenciado aquella información, o más bien, aquella conclusión a la que había llegado cuando estuvo en el fondo del mar y vio a aquella mujer tan parecida a ella.

Entonces hubiera querido hacer muchas preguntas pero el miedo y el pavor la habían detenido.

Todavía rondaba una pregunta por su mente.

—Papá, se lo pregunté a Perseo pero evitó contestarme...¿si perdiera mi virginidad dejaría de ser válida para Medusa?

—Dejarías de ser válida para ella pero tu madre quedaría condenada para siempre.

—¿Si evito todo esto, si sigo mi vida como siempre qué pasará?

—Lo que estás viendo hasta ahora... fenómenos extraños, animales muertos, plagas, lluvias, no sé qué puede pasar por la mente de Medusa pero no será algo liviano, tal vez extermine el pueblo entero... ella hará siempre todo lo posible para que acudas a la cita que lleva dieciséis años esperando.

Solo tenía dos opciones; ser egoísta y mezquina, prescindir de una madre que no había conocido, ser indiferente a lo que le podía ocurrir a la gente de un pueblo que nunca la había acogido con los brazos abiertos, o... enfrentarse a su destino. Ella era la hija de una nereida que se había sacrificado pidiendo tiempo para ella.

Pensamientos y razonamientos contradictorios la asaltaban. Su padre la observaba dar vueltas por el salón buscando una respuesta en su interior.

—Debo hablar con Perseo.

Cuando el sonido de la puerta sonó detrás de ella su padre sonrió.

Pat acababa de aceptar su destino.

CAPÍTULO 18

Una de las cosas que Pat nunca se había detenido a pensar era en como sería Ben Hollister desnudo. La relación que los había unido desde niños era tan genuina e inocente que jamás se había colado en su mente un solo pensamiento impuro. Eran unos niños, eso era cierto, pero el tiempo la había convertido en una mujer con mucho que descubrir y él ya no era el Ben que había conocido.

De eso tenía plena conciencia cuando entró en su casa cuya puerta estaba siempre sin llave como si viviera sin miedo. Ahora que lo pensaba seguramente Ben Hollister, Perseo, no había tenido nunca miedo. ¿Qué humano hubiera podido lastimar a un semi dios?

Y que era un semi dios se convirtió en algo contundente cuando entró en su salón y lo encontró con una toalla en la cintura y un torso que parecía esculpido por la mano de Dios. Observó el fino vello que recorría su pecho desde el ombligo en una línea vertical y fina que destellaba reflejos cobrizos. Los hombros anchos perfectamente simétricos hubieran arrancado suspiros a todas las nereidas del mundo y del submundo juntas. ¿Cómo había podido esconder aquellos hombros durante dieciséis años? El fino cabello caía húmedo y en mechones levantando fragancias extrañas, entre dulces y almizcladas. Un olor que tampoco ella había percibido antes. ¿Acaso al saber quién era ella podía captar todo aquello que antes había pasado desapercibido?

Ben se giró lentamente hacia ella como si la hubiera escuchado entrar a pesar del sigilo de sus pasos.

La miró tomado por sorpresa, sin poder disimular las emociones tanto tiempo contenidas , años, muchos años, dieciséis años fingiendo ser quien no era, fingiendo una amistad cuando en realidad tenía una misión que cumplir con ella, dieciséis años en los que la había visto hasta llegar a conocer cada uno de sus gestos...y dos años fingiendo que no sentía por ella nada más que una amistad.

Sospechaba que se había enamorado de ella cuando la vio crecer y advirtió las miradas masculinas que capturaba a su paso. Era totalmente cierto aquello de que no sabías lo que tenías sin perderlo antes. Y a ella la consideraba perdida mucho antes de enamorarse. Debía ser solo una de sus misiones y se había convertido en mucho más, en algo tan grande que ya no podía concebir la vida sin ella. Jamás le había pasado antes en el transcurso de los siglos.

Había leído, escuchado y hasta intentado vivir algo igual o medianamente parecido a aquello que llamaban amor... pero eso, ahora lo sabía, era imposible. El amor te atrapa cuando está en su punto para atraparse, no antes, tampoco después. Es inútil que lo busques, que intentes forzar las cosas... llega a su debido momento y siempre inesperadamente.

Ahora entendía todo aquello.

Aquella corriente de sensaciones que le taladraban el pecho cada vez que la miraba ensombrecían ahora su mirada mientras, olvidándose de cualquier tipo de disfraz, miraba como la hermosa melena rozaba los femeninos hombros, como su boca de labios entreabiertos por la sorpresa brillaba húmeda como si esperara un beso, y la silueta de aquel cuerpo de porte erguido, tantas veces contemplada desde su escondite de chico tímido.

Ambos se miraban como si fuera la primera vez que se veían.

—Lo sé todo —dijo ella en un murmullo apenas audible.

Él dio unos pasos y le cogió la mano. La volvió a mirar con una intensidad que ya no podía disimular y llevó la mano de ella hasta su pecho.

—Ya sabes quién eres tú, ya sabes quién soy yo... ahora falta saber que somos nosotros.

Ella entendió sus palabras a pesar de que la inocencia le puso dos rosetones de rubor en las mejillas.

Levantó la mano del pecho de Ben y la llevó hasta los labios del muchacho.

—Es lo mismo que yo no puedo dejar de preguntarme.

Ben acercó su boca a la de ella. Rozó con delicadeza los tibios labios rosados de Pat. Ella respondió al beso dejándose llevar por sensaciones que no conocía, que ni siquiera había conocido en los brazos de Oliver.

Él la acercó más a su cuerpo y ella sintió pegada a su vientre por primera vez en su vida la virilidad de un hombre. Él sintió como ella se estremeció.

—No tengas miedo —le dijo —todo irá bien.

Las manos de él fueron desnudándola poco a poco hasta que la frágil figura de ella se envolvió en la fortaleza de él.

Ya no había miedos, temblores, pensamientos inquietantes... solo ellos dos haciendo el amor, invulnerables, eternos, bajo la magia del amor de los dioses. Y el mundo dejó de existir bajo la piel de Perseo.

CAPÍTULO 19

El amanecer los sorprendió dándoles un guiño en los ojos.

Pat miró a su alrededor al tiempo que sintió como los labios de Ben rozaban su nuca. Se giró para encontrarse con los ojos color miel de su amigo de la infancia sorprendiéndose una vez más de cómo era realmente.

—Te acostumbrarás —dijo él con una sonrisa adivinando sus pensamientos.

Ella le devolvió la sonrisa y él se lo agradeció con un nuevo beso.

—Ben, dicen que los hombres notáis estas cosas pero yo no estoy segura... yo...

—Lo sé, nunca habías estado antes con un chico. No sabes lo feliz que me hace que seas mía.

A pesar de que ella se derritió con aquellas palabras había algo que tenía que aclarar.

Algo que no merecía demora. Algo urgente en aquella situación.

—Ya no serviré para el intercambio. Medusa quiere a una virgen. Ben, ya no lo soy...¿qué vamos a hacer?

Él también se había dado cuenta de aquel detalle. Pero todo seguía el camino que debía seguir. No hubiera permitido jamás que Pat se sacrificara por su madre. No hubiera dejado que Medusa hubiera terminado con ella.

—Nos enfrentaremos a ella. Así es como debe ser.

—¿Qué quieres decir con que así debe ser? —Pat se irguió en la cama mostrando su desnudez sin ningún pudor.

—¿Crees que te hubiera dejado llegar a ella con tu virginidad? Esto tenía que ocurrir entre nosotros.

—¿Cómo... me has hecho el amor solo para que no llegara a ella virgen?

Ben sabía que estaba entrando en un terreno peligroso. Sabía que ese era el riesgo que corría al ser honesto; podía perderla, ella podía creer que solo le había hecho el amor para salvaguardarla. Era consciente de que ella se había entregado por amor y que esa conclusión, conclusión equivocada pero normal,

la iba a decepcionar. Sin embargo, no le iba a mentir.

—No, te he hecho el amor porque llevo dos años deseándote y sin poder tocarte, y lo que es peor, sin poder hacer nada para que te fijaras en mí porque tenía que fingir ser Ben Hollister. Sé que sientes por mí lo mismo que yo siento por ti, y no te puedo mentir, Pat, es la primera vez en siglos que me sucede esto. Mi misión fue siempre proteger a la persona encomendada, nada más. Nunca había sentido esto por alguien.

—Eso no responde a mi pregunta, Ben.

—Acabo de hacerlo, acabo de decirte que te deseo desde hace dos años.

—¿Y por qué es ahora cuando te decides? ¿Por qué no hace dos años?

Ben entornó los ojos antes de decir:

—En realidad me gustaría que te dijera que sí ¿no es cierto? Así te desligarías de cualquier culpabilidad.

—¿No es lo mismo que estás haciendo tú?

Ben guardó silencio.

Pat salió de la cama de un salto. Cogió sus vaqueros y su polo y se lo puso en tiempo record.

Ben observaba sus movimientos sin saber que hacer. Era la primera vez en siglos que una mujer se mostraba tan poco agradecida con él.

Salió de la cama con la destreza de un felino y la agarró por la cintura.

—Pongamos esto en claro de una vez, princesa. No te acabo de hacer el amor para que no seas virgen y no sirvas para Medusa. Te acabo de hacer el amor porque te amo.

Pat se detuvo en seco. El eco de la última frase rebotó en todos los espacios de la habitación rebotando en sus oídos como un eco. ¿Acababa de decirle que la amaba?

Ben asintió con la cabeza como si pudiera leer sus pensamientos.

—Te amo, Pat. Siempre te he querido desde que eras una niña pero de un tiempo a esta parte ya no es solo cariño, yo te amo. Te amo como no pensé que se pudiera amar y sería capaz de dar mi vida por ti.

Ella aflojó el cuerpo y Ben advirtió que se relajaba.

—Ahora es cierto que puede que tengamos un problema. Ya no eres virgen. Ya no puede haber un pacto con Medusa. Pero aunque siguieras siendo virgen

te confieso que hubiera buscado la manera de evitar el pacto. No voy a permitir tu sacrificio. Ni por tu madre ni por nadie. Lucharemos contra Medusa.

—Medusa es invencible.

—No, Pat, Medusa fue vencida por mí una vez y lo volverá a ser. Tu solo confía en mí.

Pat se llevó las manos a su cabeza y con la yemas de sus dedos masajeó sus sienes.

—¿Qué te ocurre, te encuentras mal? —preguntó Ben.

Ella lo miró de reojo.

—Ben, por favor, vístete, no puedo pensar si te tengo desnudo tan cerca.

Una risita se deslizo en la habitación momentos antes de que volvieran a hacer el amor.

CAPÍTULO 20

¿Era posible que estuviera ocurriendo algo que ellos desconocían?

Habían decidido salir a dar una vuelta por el pueblo después de hacer el amor por segunda vez. Ben se había vuelto a poner su vieja sudadera y sus gafas para sostener el personaje mientras paseaban.

De alguna manera querían ser una pareja normal, un par de amigos que salían a tomar un café. Ben no podía detener sus manos y cada pocos minutos agarraba a Pat de la cintura o enlazaba sus dedos con los de ella.

Al principio habían pensado que era eso lo que hacía que la gente del pueblo los mirara. Cuando entraron en la cafetería que era el corazón del pueblo notó como todos se giraban a verlos.

La mirada de Brenda White sin la compañía de Oliver la inquietó más a ella que a Ben que parecía totalmente feliz. Pero el hecho de que el local empezara a vaciarse después de entrar ellos también preocupó al muchacho.

No obstante, ninguno de los dos dijeron nada. Observaron que los días seguían igual... rojizos... niebla espesa... mucho frío para lo que era el invierno en el aquel pueblo.

En la barra les cobraron sin mirarlos a los ojos. Salieron a pasear pero hacía tanto frío que decidieron volver a por un segundo café.

La cafetería había empezado a llenarse otra vez pero ocurrió lo mismo que en la ocasión anterior; miradas, tensión en el ambiente. Ambos se miraron sin decir nada.

Cuando el camarero acudió a su mesa dejando su lugar en la barra supieron que no iban a escuchar nada agradable:

—Muchachos, no tengo nada en contra vuestra pero me espantáis a la clientela. Desde que desapareció esa periodista las cosas están cada vez más difíciles. Nadie se atreve a salir de noche y no nos olvidemos de que —bajó la voz antes de decir mirando a Ben —tu fuiste la última persona que ella vio con vida.

—¿De qué me está hablando? —preguntó Ben. -¿Qué periodista?

—¿Cómo que cual periodista? —la voz de Brenda White sonó histérica detrás de ellos. —Estás haciéndote el tonto, Ben Hollister. Ella te siguió al bosque para hacerte una entrevista pero nunca regresó de allí sin embargo tu y tu amada Pat estáis aquí tan tranquilos ¿no es mucha casualidad?

—¿Y nosotros que tenemos que ver con eso? —respondió Pat en un tono más incrédulo que agresivo. —Ni siquiera conocíamos a esa mujer, nunca habíamos hablado con ella. ¿Qué tiene que ver Ben si ella se perdió en el bosque?

—No te hagas la inocente, Pat, sé muy bien lo que vi aquel día en el bosque, a Oliver lo han tomado por loco pero yo estoy muy cuerda y sé lo que vi.

Ben era consciente de que toda la cafetería estaba mirando.

Se levantó tomando de la mano a Pat y dijo con serenidad:

—¿Y qué fue lo que viste, Brenda? ¿Serás capaz de decirlo ahora que todo el mundo está mirando? —Brenda giró su cabeza para comprobar lo que acababa de escuchar --. ¿O vas a callar como hiciste con Oliver dejando que todo el mundo lo tomara como un drogadicto o un perturbado? ¿Hablarás ahora, Brenda? ¿Qué fue lo que viste en el bosque ese día? ¿Qué es aquello que dices haber visto que acusa a Pat de algo?

Ben advirtió como la muchacha tragaba saliva. ¿Sería capaz de decirlo? Él conocía muy bien el espíritu humano. Sabía que el egoísmo era una de sus condiciones. No lo criticaba. El peso social, la opinión ajena y la proyección de las personas pesaba mucho a lo largo de toda la vida. Vida inmensamente corta para él pero larga para la mayoría de los mortales. Brenda White no arriesgaría su reputación por decir la verdad. Tal vez tuviera que vivir el resto de su vida en aquel pueblo siendo la loca como ya se había señalado a Oliver.

No obstante si lo que había contado el camarero era cierto, si la periodista lo había seguido para hablar con él y no había salido del bosque entendía que su presencia causara revuelo.

—Venga, Brenda, estamos todos esperando que nos cuenten... tal vez Pat tenía los ojos rojos como si fuera el mismísimo demonio —azuzó Ben mientras el color desaparecía del rostro de la joven —quizás sus cabellos se transformaron en diminutas serpientes...- —Pat sabía que eso era exactamente

lo que había sucedido, también Ben, y desde luego, Brenda también pero no diría nada. —¿Nos lo vas contar o no?

La muchacha miró con desprecio a Pat y volteó hacia su mesa, agarró su bolso y su chaqueta con furia y salió del local. El resto de las personas allí presentes los miraron durante unos segundos más y después reanudaron sus actividades que básicamente eran beber y comer.

El camarero seguía de pie ante ellos. Se acercó y bajó la voz:

—Esta vez os ha salido bien la jugada, chicos, pero no vengáis por aquí durante una temporada.

Y dicho esto desapareció detrás de la barra y no volvió a mirarlos ni siquiera para ver como se iban.

CAPÍTULO 21

—¿Qué pasó con la periodista, Ben?

Habían apresurado el camino de vuelta a casa sin decir ni una palabra aunque Ben tomaba de la mano a Pat cada pocos segundos. Ella estaba nerviosa, no es que no quisiera su mano, es que los pensamientos y temores que se movían por su mente eran tan pesados como nudos de sogas mojados.

Ben no respondía. Una de las posibilidades era esa; que Medusa cansada de esperar el intercambio empezara a secuestrar gente y a dejarlos petrificados bajo el mar.

El calor de la casa los envolvió al entrar. Fuera hacía frío, mucho más de lo acostumbrado en aquella zona.

—No podéis esperar más, chicos —dijo el padre de Pat.

—¿Qué pasará si no actuamos ya? —preguntó la chica.

—Seguirá la luna rojiza, la nieve cubrirá las casas y quedaremos incomunicados, seguirán muriendo animales en el bosque y el siguiente paso es ese... empezarán a desaparecer personas. Medusa las liberará cuando te entregues.

Pat no pasó por alto la mirada de Ben. Sus ojos reflejaban una inquietud al mirar a su padre que no había visto nunca. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué a ella se le escapaban todas estas cosas?

Y de repente lo sintió.

Fue algo más que un escalofrío porque no solo llegó a ella esa sensación térmica tan desagradable que te hace encogerte en un temblor que luego pasa. Ese frío fue además acompañado de una sensación punzante de dolor, como una advertencia, algo que le decía que aquel hombre que siempre había sido su padre estaba cambiado.

Los pensamientos empezaron a acomodarse formando sensaciones. ¿Le había pasado algo a su padre?

Había algo distinto en el hombre que los miraba ahora apresurándolos para que Ben entregara a Pat. Algo apenas imperceptible pero que el ojo sabio

de Ben había captado.

—Sí, es lo que vamos a hacer, la entregaré esta misma noche.

Ben tomó de la mano a Pat y subieron al dormitorio.

—Coge todas tus cosas sin hacer escándalo, Pat. En cuanto él se vaya te vienes a mi casa. Aquí ya no estás a salvo.

—¿Estaba raro mi padre, verdad?

Ben la tomó de las manos y dijo en voz baja:

—Ese hombre ya no es tu padre, Pat.

—¿Y dónde está mi padre?

—Seguramente petrificado debajo del mar junto a la periodista.

Pat echó a la mochila un par de vaqueros , dos jerseys abrigados y tres polos. Sabía que no le iba a hacer falta tanto. El final de todo aquello estaba mucho más cerca de lo que intuía.

Salieron de la habitación y comenzaron a bajar las escaleras pero el padre de Pat interrumpió su paso.

—¿Dónde vais, chicos? Creí que ya no saldríais de casa si no era para ir al fondo del mar.

Algo en el dejo de su voz que sonaba ligeramente cavernoso hizo que a Pat se le erizara la piel y el corazón empezara a latir con ferocidad preparando su cuerpo para una huída.

Ben permanecía entero, imperturbable, si algo le inquietaba lo disimulaba perfectamente. No había ni un ligero temblor en ninguna parte de su cuerpo. Solo ella había sido capaz de ver algo en su mirada que lo delatará.

—Pat viene a pasar unos días a casa —respondió Ben.

—Creía que habías dicho que la entregabas esta noche —la voz volvió a hacerse grave, con un eco cavernoso si cabe aún más delatador que la vez anterior.

—He pensado que era mejor entrenarla.

—¿Entrenarla para qué? Lo único que has de hacer en entregársela a Medusa. Yo recuperaré a la madre, la periodista quedará libre y la gente dejará de mirarte como un bicho raro. Todo el mundo olvidará estas desagradables semanas y todo volverá a ser como antes.

El pánico se apoderó de los ojos de Pat cuando vio como el cuerpo de su

padre aumentaba progresivamente de tamaño. No era algo tan evidente como para que fuera monstruoso pero su cuerpo iba aumentando pulgada a pulgada. Sus hombros estaban más anchos que segundos antes. Sus ojos más grandes. Unas profundas ojeras habían rodeado la cuenca de sus órbitas. Pat comenzó a jadear sin poder contener su angustia. Ben no la soltó de la mano.

—Déjanos pasar. Pat se está sintiendo mal y yo soy quien mejor la puede cuidar.

El padre de Pat no retrocedió.

—Yo soy quien la cuidó durante dieciséis años para que llegara este momento. —Gritó. —Voy a recuperar a mi mujer que perdió la vida por esta mocosa inservible.

Pat gimió. No era posible que su padre hablara de esa manera. No lo era.

Ben tironeó de su mano y comenzó a bajar las escaleras prescindiendo de que el padre estuviera allí ocupando el espacio por donde debían pasar.

—Eres el fruto de una infidelidad —gritó con una voz hueca y desconocida. —Tu madre te tuvo con un mortal y este fue tu castigo; vivir con los inútiles mortales, sin poderes, sin magia, sin nada especial en tu vida más que la amistad de un bicho raro.

Estaban a pocos centímetros del padre de Pat. Ella sentía los miembros flojos. Dudaba hasta de que fuera capaz de correr para huir.

Ben se colocó a la misma altura que el padre de Pat.

—Por última vez —dijo Ben con voz amenazante —déjanos pasar.

—No —gritó como en un aullido —dame a la chica , yo mismo la entregaré.

Alargó la mano para coger a Pat. Ben tiró de ella hacia atrás para que no pudiera alcanzarla y ella cayó al suelo . EL dolor se apoderó de ella. Fue un desgarrón agudo y punzante que la hizo ver luces de colores al su alrededor. Sabía que se iba a desmayar. Lucho por mantenerse despierta pero una profunda oscuridad oscureció todo.

Ben supo que solo se había desmayado y lo agradeció. Era mejor que no viera lo que iba a hacer.

Alargó su mano y cogió al padre de Pat por el pecho empujándolo escaleras abajo con tanta fuerza que cuando cayó al suelo se escuchó el

crujido de varios huesos.

—Maldito, te arrepentirás de esto —le dijo aullando mientras se iba a gatas. —La ira de los dioses caerá sobre ti por proteger a una mortal.

Ben continuó escaleras abajo para acabar con él.

—Si no quieres que acabe contigo, vete. —Le dijo mientras observaba la patética huida. —Y dile a Medusa que el intercambio se hará cuando yo lo decida.

El hedor de la huída de aquel ser inundó la casa... tanto que hasta el propio Ben exhaló el aire con repugnancia.

Dio la vuelta y subió las escaleras para recoger a Pat.

—Amor mío, despierta, ya pasó todo.

Aunque tuviera que morir no iba a dejar que ella sufriera.

Pat entreabrió los ojos.

—Estás conmigo, él ya se ha ido, todo está bien, Pat.

Ella se abrazó a él.

Salieron juntos de la casa. Ella en volandas con la cabeza metida en el hueco de pecho de Perseo.

CAPÍTULO 22

Brenda White iba caminando por la calle. Era una de esas tardes que tenían en el pueblo desde hacía dos semanas. Frío, humedad y nieve. Y encima aquel tono rojizo que hacía que los copos se acumularan en las esquinas de cada calle dando la sensación visual de un reguero de sangre.

Ella no estaba loca. Tampoco lo estaba Oliver... los dos sabían lo que habían visto. Aquello ojos inyectados en sangre. Aquel cabello que se enredaba en un rizo cuyo apéndice era la cabeza de una pequeña serpiente.

Lo había buscado en internet... había leído sobre ello...jamás pensó que en un tranquilo pueblo donde el sol siempre lucía hasta en el más crudo de los inviernos y donde los días pasaban sucediéndose unos a otros sin más preocupación que tomar una taza de café con los amigos el sábado por la tarde, pudiera ocurrir todo aquello.

Y sin embargo estaba ocurriendo.

Oliver ya no era el mismo. Seguía acudiendo a visitarlo por compasión pero ya no quedaba nada entre ellos. Él lo sabía. De todas formas tampoco él tenía ganas de nada. Solo quería estar en casa y a salvo.

Por más que ella había tratado de decirle que ella había estado allí, lo había visto tan bien como él, y sin embargo, estaba allí, en la vida, día a día, disimulando aquello que fuera lo que fuera, no tenía que ver con ellos... no había habido caso.

Brenda estaba convencida de que solamente cuando volviera a salir el sol y el pueblo fuera como antes volvería a sentirse seguro. Recordó sus palabras “ va a pasar algo más, Brenda, lo sé”... al día siguiente había desaparecido la periodista. Hoy también había dicho algo sobrecogedor ...”protégete de la lluvia, Brenda, si no te proteges de ella te petrificarás”.

Se había documentado lo suficiente para saber que petrificarse significaba otra cosa en las fábulas mitológicas, sin embargo, en el lenguaje común solo quería decir que podías pasar frío y agarrar un buen catarro.

Fuera como fuera ella estaba deseando llegar a casa, hacerse una taza de té

con mucho azúcar y sentarse con comodidad delante del fuego a leer un buen libro o ver una buena película. El aire estaba cada vez más húmedo y la nieve derritiéndose empezaba a hacer charcos de color bermellón. Era muy desagradable y aceleró los pasos.

El primer relámpago que quebró el cielo hizo ángulos de electricidad justo en la zona por donde ella pasaba. Solo quedaban dos cuadras para llegar a casa, con un poco de prisa no se mojaría.

El segundo relámpago encendió el pueblo entero con su luz. Una luz que mezclada con el tono ambiental rojizo dio el aspecto de una cuchillada en el cielo. Ahí fue cuando se empezó a poner nerviosa y las palabras de Oliver cruzaron otra vez por su mente “protégete o te petrificarás”. Con una cierta desesperación contenida se quitó la chaqueta y se la puso por encima de la cabeza por si empezaba a llover. Cuando había salido aquella tarde nada parecía indicar que caería una tromba de agua.

Un último relámpago se acompañó de un trueno que hizo temblar las vidrieras de los locales por donde iba cruzando a su paso.

El cielo empezó a llorar lágrimas de lluvia, lágrimas de tono rojizo, lágrimas que asustaban...

Llevaba la chaqueta encima de la cabeza. Empezó a correr hasta ver la puerta de su casa. Estaba al lado cuando la manga de su camisa se enganchó con la rama caída de un árbol. Sintió con pánico como las gotas de lluvia corrían por su rostro. Escocía... aquella lluvia escocía... parecía una lluvia ácida.

Lo último que pensó antes de caer petrificada y endurecida al suelo fue que ni Oliver ni ella estaban locos.

CAPÍTULO 23

El cuerpo de Brenda estaba depositado sobre una cama blanda y caliente que Ben Hollister había preparado.

Esa tarde había salido a comprobar los cambios que se estaban produciendo. Tenía una intuición especial para anticiparse a los acontecimientos. Era uno de sus dones. No podía predecir exactamente lo que ocurriría pero sí llegar a tener la certeza de un nuevo peligro.

Pat apenas comenzaba a recuperarse de la impresión de que el hombre que había ejercido como padre durante toda su vida era realmente un aliado de Medusa. Ben había llegado a creer que se había equivocado manteniéndola ajena a todo durante dieciséis años. Ahora eran demasiadas sorpresas juntas, demasiados peligros juntos, demasiada información junta.

Cuando Pat lo vio llegar con el cuerpo de Brenda duro y frío como una hoja de acero se tapó la boca con las manos.

—Esto es lo que va a empezar a suceder hasta que vayamos al fondo del océano. He recogido el cuerpo de Brenda antes de que pudieran hacerlo ellos y retenerla como prisionera. Me temo que todo el que se moje hoy con la lluvia quedará petrificado y prisionero.

Pat ayudó a acomodar el cuerpo de la muchacha.

Incluso en aquel estado de petrificación se la veía hermosa. Entendía a Oliver. Él se había fijado en ella por descarte, o por lo menos esa fue la impresión que siempre tuvo de su historia con él. Oliver era guapo. Lo era. Pero carecía de ese cierto carisma que tenían las personas populares. Pat siempre había pensado que lo que hacía a esas personas irresistibles era precisamente que no les afectaba la opinión ajena. A Oliver sí. Oliver estaba pendiente de cada reacción cada vez que se compraba ropa nueva o se cambiaba el estilo del cabello. Siempre había sospechado que salía con ella porque ninguna de las chicas populares le había hecho caso. Pero como suele suceder tener pareja se consideraba un activo. Nadie te hace caso pero lo bastante que tuvieras pareja para que alguien que nunca te había hecho caso te

prestara atención. Solo podía decir que lo entendía. Si Ben Hollister hubiera sido el Perseo que era ahora y nunca le hubiera hecho caso, no hubiera tenido reparos en dejar lo que hubiera estado haciendo para correr a sus brazos en el mismo momento en que sintiera su atención.

¡Ojalá Oliver pudiera superar todo aquello y volviera a ser el joven alegre que siempre había sido!

En el fondo de la habitación Ben observaba a Pat.

Sabía lo que pasaba por su mente. Tantos años observándola daba para advertir todas las expresiones de su cara; enojo, sorpresa, desconcierto...

Para decir la verdad pocas veces había visto la cólera o el enfado en su rostro. Lo que más había visto siempre era desconcierto. Primero sorpresa, después desconcierto.

Había sentido hasta rabia por una sociedad que valoraba cosas tan superficiales como el aspecto físico y, más todavía, el status social, dejando de lado o tratando como marginales a personas con mucho más valor que el resto. Pero así era la sociedad de los mortales. Él no debía intervenir en ella.

—No te preocupes, princesa, cuando todo esto acabe ninguno recordará nada. Nadie en el pueblo lo hará.

Una ligerísima sonrisa curvó los labios de Pat en señal de satisfacción.

—¿Me hablas en serio?

—Totalmente, Pat, lo he visto muchas veces. Puede estar tranquila. Oliver no será un loco para este pueblo por el resto de su vida. Nadie recordará su ataque de pánico. Y llegará a prescindir de la opinión ajena y a hacerse fuerte. No sufras. Todo estará bien para él.

A Pat le pareció notar un atisbo de celos en su voz pero lo pasó por alto.

—¿Y cómo le irá a Brenda?

—Lo olvidará todo como el resto. Seguirá su vida de forma normal. Es una de nuestras normal, Pat, no podemos dejar que los mortales conozcan nuestra existencia.

—¿Es hermosa, verdad?

—Sí, lo es, pero ser hermosa no es suficiente para ser especial. Tú eres especial, Pat.

Era una de las cosas que amaba de él. Siempre le hacía sentir por encima

de todo y de todos.

—¿Habrá más petrificados?

Ben asintió con la cabeza.

—¿Los recogeremos?

—A todos los que podamos —respondió Ben.

—¿Podremos liberar a los que han apresado Medusa y los suyos?

—Eso espero.

Tres días después había un nuevo equipo de informativos en el pueblo. ..

Habían desaparecido tres muchachos y dos muchachas.

CAPÍTULO 24

Durante aquella semana dedicaron los cuidados necesarios a aquellos que habían recogido de las calles porque estaban petrificados. Habían cambiado a diario sábanas y mantas, los habían aseado y procurado hidratación.

Si había algo que la gente había comenzado a sospechar en el pueblo desde luego era que salir a pasear bajo la lluvia no era una buena idea. Nadie sabía porqué pero los cinco muchachos desaparecidos se fueron de casa mientras llovía.

Ya no podían esperar más. Estaban controlando todo aquel tema y Pat tenía la esperanza de que las Palabras de Ben fueran ciertas y una vez que se aclarara todo aquello, jamás recordaran nada de lo ocurrido. Sin embargo, sabía que el final estaba cerca.

Aquella noche bajó tanto la temperatura que tuvieron que echar otra manta más encima de todos los petrificados.

Desde los ventanales de casa podía ver el mar. Enormes olas se levantaban con furia sobre la superficie para estallar sobre la arena en una hilera espumosa de pompas de color rojizo.

Medusa estaba furiosa.

Cogió a Ben de la mano.

—No sé si voy a morir, si me voy a quedar prisionera en el fondo del mar, si puede haber otra solución para mí... no sé nada, Ben, pero sé que hoy debo ir a enfrentar a Medusa.

Él no necesito que se lo pidiera más veces.

Había hecho lo posible por retrasar el momento pero si era la propia Pat la que lo pedía no había nada más que hacer.

Medusa había conseguido su propósito... la había presionado tanto que ella misma había decidido entregarse.

—Lucharé contra ella, Pat, una vez en la historia corté su cabeza y se la entregué a Atenea. Medusa volvió a nacer treinta años después pero fueron años de tranquilidad. Volveré a enfrentarla.

—No quiero que pongas en riesgo tu vida —dijo Pat.

—¿Mi vida? —una sonrisa dulce acudió al rostro de Ben.—Estoy seguro de que algún día comprenderás que la vida y la muerte no es algo que podamos controlar. Lo único que podemos es confiar.

Pat dejó que los labios de Ben calmaran su angustia.

Una sombra rojiza proyectada por la luna les avisó de que era el momento.

CAPÍTULO 25

Atravesaron el camino hasta la playa cubierta de nieve. Era desde un punto de vista todo un espectáculo para los ojos. Ver una playa cubierta de nieve era, desde luego, algo excepcional, sin embargo, no había mucho tiempo para dedicarse a la contemplación.

Pat sentía cada sensación como un nudo en la boca del estómago. Tenía miedo. Era lógico. Perseo-Ben estaría muy acostumbrado a todo aquello pero ella era una novata en historias de dioses y mortales.

El agua les salpicaba desde la orilla como si les estuviera llamando. Habían hecho lo correcto al acudir. De lo contrario los sucesos serían cada vez más trágicos y mucha gente resultaría dañada.

Ben la cogió de la mano justo cuando sus pies fueron bañados por una ola.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Pat.

—De momento solo caminar, princesa.

Tal y como ocurrió la primera vez que Pat fue a la playa en aquella noche que pidió ser bruja, las burbujas espumosas iban rodeando su cuerpo en una espiral y sus cabellos se iban rizando al compas de las olas.

Ella no era consciente pero Ben sabía que aquello solo podía significar que en realidad era una de los suyos. La hubiera amado de la misma forma si hubiera sido mortal pero no lo era aunque ella misma no lo supiera.

Una inmensa ola se levantó ofreciéndoles su regazo y cuando estaba a punto de alcanzarlos Ben volvió a sonreírle y ella le devolvió la sonrisa. Esta con él, él la ayudaría fuera a suceder lo que tuviera que pasar.

Las olas los arrastró al fondo del mar.

Durante unos breves segundos ambos fueron alcanzados por una corriente que hizo que sus manos se separaran. Pat sintió un golpe en el pecho. Era su propio corazón. Recordó que era capaz de respirar bajo el agua e inspiro con profundidad.

Fue un alivio comprobar que aquella cualidad, don, magia... o como se llamara... seguía intacta.

Abrió los ojos para mirar alrededor. Estaba sola. Las burbujas que la rodeaban le impedían ver nada. Le pidió silenciosamente a su corazón que se tranquilizara. Volvió a parpadear varias veces hasta que las burbujas de agua se disolvieron y por fin pudo ver lo que le rodeaba.

Lo primero que tranquilizó su espíritu fue Ben Hollister, Perseo, acercándose a ella nadando. Se abrazaron sumergidos bajo el agua. Solo entonces echó un vistazo curiosos a su alrededor.

Todo era tétrico y oscuro, no había vida, ni vegetación, ni pececitos nadando alrededor, no solo eso, sino que viviendo un lugar donde las aguas eran cálidas la temperatura en ese momento era gélida. Solo a lo lejos de toda aquella oscuridad se veía un halo de luz. Decidieron nadar hasta él.

Estaban acercándose cuando la vieron... el halo de luz procedía del lecho de corales donde estaba prisionera la madre de Pat.

Era fácil comprender que donde hay paz y bondad todo se vuelve vida. Alrededor de la madre de Pat lucían esponjas de mar de color rosado y caballitos que se movían en sus bailes caprichosos, bajo ella toda una vegetación rica en verdes desde el jade pasando por toda la gama de color hasta el turquesa, y sobre aquel fantástico lecho marino lleno de colores y de vida una mujer que ahora los miraba con la misma sonrisa que la vez anterior y que transmitía serenidad. Era como si no hubiera tenido prisa en que llegara el momento, como si no conociera la ansiedad de estar prisionera, como si siempre hubiera tenido la certeza de que ese momento antes o después llegaría. Su rostro era un lienzo estirado donde no cabía ni una sola imperfección a pesar de los años que debía tener. Eso hacía la paz mental.

Pat se acercó a ella seguida de Ben. Por primera vez mantenía un contacto visual cercano con su madre. La sonrisa de esta se ensanchó mostrando una dentadura hermosa, alineada, blanca y perfecta.

Las pequeñas ondas marinas movieron el cuerpo de Pat que al ir buceando estaba horizontal. Consiguió equilibrar su cuerpo hasta adoptar una postura de verticalidad y alargó uno de sus pies hasta tocar aquel lecho luminoso sobre el que se sentaba su madre.

La sensación fue indescriptible. El bienestar producía ondas de placer en su cuerpo al tiempo que el halo de luz la recorría adoptando la misma

luminosidad de su madre.

Caminó hacia ella mientras Ben la observaba fuera del lecho de coral. La madre alargó sus brazos y Pat se arrojó en ellos.

—¿Eres tú, verdad, eres tú, mamá?

La madre no respondió. Se limitó a sonreír y acariciar sus cabellos.

—Pat, no puede responderte, solo puede hablar fuera del agua.

Pat lo escuchó como una letanía, no hacía falta que le respondiera. Recordaba el abrazo, recordaba el calor de sus manos, recordaba la caricia que le hacía desde que era una niña...

Y entonces sucedió...

La temperatura cayó y todo se oscureció alrededor.

Ben saltó sobre el lecho de vegetación marina. Las algas verdes le enredaron los tobillos y las muñecas para inmovilizarlo.

Pat reaccionó de inmediato intentando rescatarlo de su inmovilidad.

Todo alrededor era frío y oscuridad cuando se oyó un voz gutural:

—Despídete de tus amigos, pequeña, tenemos una cita con Atenea.

CAPÍTULO 26

La madre de Pat solo tuvo tiempo de proteger el cuerpo de su hija con su propio cuerpo. Antes de que pudiera hacer algo más por poner a salvo a pat se escuchó la voz de Medusa:

—Quedas liberada, Nereida, ya no tienes que hacer nada más aquí.

Medusa apuntó con su dedo a la madre de Pat y el cuerpo de esta salió disparado a la superficie sin que Pat pudiera evitarlo. Solo pudo ver como llevaba una de sus manos al cabello y se arrancaba la corona que había llevado en su cautiverio dejándola caer al fondo del mar.

Medusa se acercó a ellos.

—¿Creéis que el lecho de coral os puede proteger de mí? Tenemos un pacto con la eternidad, queridos, nada puede impedirlo.

Ben seguía luchando con las algas enredadas en sus manos.

—Pat, agarra la corona que tu madre arrojó.

Pat giró la cabeza para buscar la corona pero no la vio.

—Ya no sirvo para tu pacto —le gritó a Medusa. —Ya no soy virgen.

Medusa detuvo sus movimientos cadenciosos en ese instante.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Quién ha osado a rebelarse contra los dioses arrebatándote tu virtud?

—Eso no importa —respondió Pat. —Lo único que importa es que el pacto ya no sería válido.

Pat escuchaba el forcejeo de Ben al intentar arrancarse las algas que lo encadenaban.

—Comprendo, pensaste que tu sangre ya no valdría para el sacrificio si no era doncella. —Una risa acompañó aquellas palabras. —Bien, dejemos que sea Atenea la que lo decida.

Pat buscó en su mente algo más que decir para retener la situación pero no se le ocurrió nada.

Medusa aprovechó para regodearse en el momento.

—Estoy segura de que crees que soy lo peor ¿verdad, jovencuela

impertinente? Déjame explicarte una cosa. Yo era una joven mortal, querida, con una vida humana y gratificante en la Grecia clásica. Era hermosa, tenía pretendientes, era la hija de una buena familia... y creyente... oh, sí, muy creyente...tanto que una mañana fui a orar al templo de Atenea. Allí, un hombre prendado de mi belleza abusó de mí y me violó. —Pat contuvo la respiración mientras veía como Ben había conseguido liberarse de las algas y se estiraba para recoger algo sin tener que salir del protector lecho de coral. —¿Sabes a quién castigaron por esa violación, pequeña?

Un silencio tenso quedó suspendido entre los ojos de Medusa y los ojos de Pat. Ben miró el escenario maravillado. No había tenido la precaución de advertir a Pat que no mirara los ojos de Medusa para no quedar petrificada, sin embargo, observaba con incredulidad como a la joven no parecían hacerle efecto aquellos ojos gélidos.

—Puedo entender como te sientes —respondió Pat.

—Cómo me sentí, querida, no como me siento. Te aseguro que los siglos de injusticia han amortiguado el peso de tamaña injusticia. Ya no me pesa ser un monstruo, no me afecta que el mundo entero me conozca como alguien que no tiene corazón, que petrifica a los demás solo con una mirada... lo único que deseo es recuperar mi vida, mi vida auténtica, aquella vida en la que salía a pasear, a recoger flores, a sonreír mientras Grecia caía a mis pies. No es nada personal. Solo es que tu eres la apropiada.

Pat vio como Ben palpaba algo con los dedos... algo brillante que recogió y escondió entre las algas.

—Atenea no me aceptará.

—Ya te dije —la voz de Medusa sonaba impaciente y grave —que eso será ella quien lo decida. He cumplido mi parte del pacto, he liberado a tu madre...¿qué más deseas?

—Que liberes a todos los petrificados encarcelados bajo el mar —gritó Ben desde la alfombra de algas.

—Vaya...vaya... me había olvidado de ti, joven Perseo, los siglos se portan bien contigo —dijo arrastrando su cuerpo cerca de él sin llegar a tocar la vegetación. —Siempre me caíste bien...¿qué fue de aquella muchacha que te traía loco... como era que se llamaba...era Andrómeda? —Una risotada

provocó una corriente marina tan fría que Pat se estremeció. —Muchacha —le dijo Medusa —cuida mucho a quien te entregas, me temo que tu Perseo tiene muchas cosas que contarte.

Medusa se giró u apuntó con su dedo varios lugares alrededor de ellos.

Allá donde señalaba se iluminaba mostrando a los cinco chicos del pueblo que habían sido petrificados.

—Muy bien, joven Perseo, si es lo que deseas voy a regresar a estos jóvenes a su lugar... siempre y cuando me entregues a la muchacha.

—Así será —respondió él.

Pat no pudo evitar mirarlo con resentimiento. Puede que fuera una mentira para ganar tiempo pero le dolió la frialdad con que Ben habló de entregarla.

Mientras Medusa señalaba a cada una de las cárceles de coral para liberar a los muchachos, Ben movió algo bajo las algas.

Pat vio el reflejo brillante de algo...¿era posible que fuera un espejo? Aquel objeto que refulgía era lo que su madre había arrancado de su corona al subir liberada a la superficie.

Miró a Medusa que liberaba a los jóvenes y metió la mano bajo las algas. Recogió el objeto y se miró en él. Era un espejo en el que pudo contemplar su propia imagen con los ojos encendidos por algo así como un fuego interior.

¿Qué era lo que debía de hacer con aquel objeto?

Recordó de repente la escena del libro que había leído sobre el mito de Medusa y Perseo. ¿Acaso podría derrotar a Medusa mostrándole su propia imagen?

El espejo temblaba en sus manos mientras que Ben la miraba con confianza.

—Debes hacerlo tú —susurró.

Los cuerpos de los chicos fueron lanzados a la superficie tal y como había ocurrido antes con su madre. Pat desconocía el destino que les aguardaba pero deseaba con todo su corazón que fueran puestos a salvo y pudieran seguir con sus vidas olvidando todo aquel horror.

—¿Algún deseo más antes de acudir a nuestra cita, queridos?

Pat miró el rostro decidido de Ben. Él le estaba dando la fuerza que necesitaba en ese momento. Lo iba a hacer, lo intentaría...no creía que un

simple espejo pudiera derrotar a semejante criatura pero era todo lo que tenía para defenderse.

Inspiró profundamente antes de decir llena de vehemencia:

—Sí, que mires tu propia imagen en el espejo de la corona de mi madre.

Pat enderezó los brazos tanto como pudo y el espejo quedó en dirección hacia Medusa.

Un grito espeluznante cruzó el océano. Gemidos y llantos quebrantaron el silencio como si cada ser del fondo del mar hubiera sido herido por una quemadura atroz. Un destello brillante y luminoso mantenía los ojos de Medusa pegados a aquel objeto.

Pat sentía un peso dentro de ella. Medusa estaba luchando por su vida y ella no podía sostener mucho tiempo más aquel espejo.

Ben se colocó detrás de ella y puso sus manos sobre las de ella ayudando con su fuerza a mantener el objeto firmemente.

Medusa se retorció de dolor mientras se iba deshidratando.

—Aguanta, Pat —dijo Ben —está muriendo con el reflejo de su propia mirada.

Pat estaba a punto de desfallecer cuando Medusa estalló en forma de virutas de fuego que fueron esparciéndose entre las ondas marinas para desaparecer.

Pat cayó sobre la enorme esponja marina de algas sobre la que reposaban.

—Lo has conseguido, Pat, has matado a Medusa.

CAPÍTULO 27

Eran las seis y media de la mañana cuando la policía local encontró sobre la arena de la playa el cuerpo adormecido de cinco jóvenes envueltos en algas, pero lo que más sorprendió al agente que localizó a los muchachos fue la compañía de una mujer que parecía custodiarlos.

El equipo de policía los trasladó al hospital y entre las observaciones anotadas se apuntaba el estado de rigidez de los cuerpos.

Fueron examinados sin encontrar nada anormal. Una hora después de recogerlos estaban despiertos, conscientes y en perfecto estado. Solo había un inconveniente; no sabían explicar donde habían estado durante los días de su ausencia.

Tras abrirse la investigación y ser citados para declarar días más tarde el inspector de policía decidió interrogar a la mujer de mediana edad. Solo se pudo sacar en claro que era la madre de Patricia Taylor, conocida en el pueblo como Pat. La madre la había abandonado a los dos años de edad y había regresado quince años después.

Al ser preguntada por el lugar de residencia durante los últimos quince años alegó que aquello formaba parte de su intimidad y que solo le correspondía a su marido y a su hija saberlo. Tras ser debidamente informada de que su esposo había desaparecido no mostró signo alguno de pena ni de sorpresa. Todos los agentes coincidieron en que el rostro de aquella mujer transmitía una serenidad fuera de lo normal.

Los chicos fueron recogidos por sus padres entre lágrimas y abrazos. Los jóvenes respondieron con entusiasmo al encuentro con sus padres.

—No hemos llegado todavía a ninguna conclusión, señores —dijo el inspector cuando fue preguntado por varios padres. —Barajamos la posibilidad de que hayan sido secuestrados por una secta que luego los arrojó en la orilla de la playa bajo el efecto de alguna droga.

El agente al ver la cara de preocupación de los padres se aseguró de aclarar:

—Aunque quiero que todos ustedes sepan que tanto en los análisis de sangre como en el resto de las pruebas complementarias no se han detectado drogas ni bebidas tóxicas, tampoco han sido maltratados ni abusados de ningún modo.

Esta última información hizo que los padres de los cinco muchachos se marcharan más tranquilos.

Cuando la mujer de mediana edad preguntó si se podía marchar el inspector la miró largamente. Su experiencia le decía que aquella sabía algo más pero no podía retenerla puesto que no había ningún tipo de pruebas en contra de ella, por el contrario, la señora había custodiado a los jóvenes para que nadie pudiera hacerles daño mientras estaban en estado de inconsciencia.

El inspector de policía y el resto de su equipo sabían desde ese día que aquel era uno de esos expedientes que jamás se desvelarían y que, finalmente, cerrarían por la inexistencia de cualquier tipo de indicio.

CAPÍTULO 28

—Perseo te amo siempre, desde la primera vez que te vio —dijo la madre de Pat.

Perseo se manejaba muy bien con la tetera de hierro japonesa y las hojas de té. Era un experto en estar ahí fingiendo que no se enteraba de nada.

—No sé quién soy, mamá, tampoco sé quién eres tú —dijo Pat con un tono de tristeza que contagió a su madre.

—¿No te basta con saber que he vuelto?

Pat curvó la línea de su boca en una media sonrisa.

—Tengo conmigo a Ben Hollister, porque para mí siempre será Ben Hollister y no Perseo, y a mi madre, que sea quien sea siempre será mi madre.

Ben se acercó a la mesa de la cocina donde madre e hija estaban sentadas y compartían una mirada cómplice.

Ben besó la frente de Pat antes de sentarse junto a ella.

La madre de Pat abrió un gran bolso del que sacó un libro de leyendas mitológicas. Alargó el brazo y se lo ofreció a Pat.

—¿Más lectura mitológica?

—No hubieras comprendido a que te enfrentabas si no hubieras leído el mito de Perseo y Medusa. —La madre hizo una pausa antes de decir: —Tal vez leyendo sobre Casiopea y su hija Andrómeda sepas quien eres.

—Y descubras —añadió Ben —que llevo toda una eternidad salvándote.

Aquella fue la primera noche después de tres semanas que la luna era blanca, el clima agradable y tibio y la brisa cargada del perfume de las acacias que poblaban el pueblo.

Ben Hollister y Patricia Taylor durmieron abrazados.

Perseo y Andrómeda no tenían ningún significado para Pat... todavía.

FIN